Katya Adaui



Un nombre para tu isla

PÁGINAS DE ESPUMA

UN NOMBRE PARA TU ISLA

KATYA ADAUI



Katya Adaui, *Un nombre para tu isla*
Primera edición digital: febrero de 2025
ISBN epub: 978-84-8393-714-3

© Katya Adaui, 2025
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Paginas de Espuma, S. L., 2025

Colección Voces / Literatura 369

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.° izquierda
28004 Madrid
Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

TRIPULACIÓN, PUERTAS EN MANUAL, CROSS CHECK Y REPORTAR

Llego cuatro horas antes al aeropuerto. Voy directo al mostrador. Recuesto la cabeza sobre mis manos y pongo la boca en el arco de vidrio que me separa de ella.

Cuando me mira a los ojos:

He venido a coquetear contigo.

Hola. ¿Qué necesita?

Digo la verdad:

Sufro de ansiedad, necesito sentarme lo más adelante posible, estirar las piernas. Soy muy alta. Y si tuvieras pasillo, sería genial.

Su pasaporte.

Aquí está.

Déjeme ver. Ya tiene pasillo.

Tengo pasillo, pero te pido si puede ser más adelante, por favor.

Ruido de teclado. Dice:

No se puede, no tengo más adelante, el avión va lleno.

Bueno, no te preocupes.

¿Tiene equipaje para bodega?

Sí.

Súbalo a la balanza.

Y esta es mi última estrategia. Coloco la maleta de pie, y cuando la va a acostar tomándola por el mango, le digo:

No, por favor. Lo hago yo. Cuidado con la espalda.

La acomodo. A la ida 15 kilos y a la vuelta, 20. El peso perfecto.

Si me sonríe, dirá:

Un ratito, ya vengo.

Escucharé cómo uno a uno visita a sus compañeros pidiéndoles que desbloqueen un asiento. Hay que ser amable. Las mujeres del mostrador todavía no logran acceder a zapatillas y a un banquito. Si un vuelo se retrasa se les duplica el turno. Elevadas, de pie todas esas horas, con tacos, sin poder pegar nunca las plantas a la tierra, dan pasos cortos, arrastran peso y lidian con psicóticos.

Me devuelve el pasaporte, me entrega el pasaje con el comprobante de la maleta, rodea el número con un círculo azul:

Le he conseguido un mejor asiento. Todavía no hay sala de embarque para su vuelo, pero podrá verlo en la pantalla. Al fondo del pasillo a mano izquierda está migraciones. Le recomiendo pasar de una vez los controles.

Te agradezco muchísimo, que tengas un buen día.

Igualmente.

Reviso el pasaje: 11 J. Volaré sobre las alas. Como quería. Lo guardo dentro del pasaporte y lo devuelvo al bolsillo.

Estoy lista. Me tomo toda el agua, conservo la botella. La recargaré en el baño. La computadora en una bandeja, la mochila en otra y, encima, la casaca.

Una familia entera se saca los cinturones y los zapatos delante de mí, regresan al padre detrás del escáner, tiene monedas en los bolsillos. Me indican que me adelante.

¿Reloj?

Sacudo la mano. No suena, digo.

Estire los brazos.

Solo una vez me pasó una cosa muy loca en el control de seguridad. Tenía una cartera negra grande, podría haber cargado diez cuadernos A3, pero nunca la llenaba: su tamaño me daba seguridad. Unía sus broches imantados para cerrarla. Me acababa de

regalar un buen cuchillo de cocina, de esos que no hay que afilar en los primeros cinco años. A punto de ir al trabajo, me preparé a la carrera un pan con palta. Me gustaba clavar el cuchillo en el carozo y arrancarlo de un tirón. Me levantaba tarde, cansada, y desayunaba en la oficina. Me desvivía en una revista de modas: TENDENCIAS. Usábamos uniforme y cantábamos el himno de la empresa todos los lunes, ahora que lo pienso, como en un colegio religioso o militar. Ebrias de pertenencia no solo lo cantábamos, también lo bailábamos. Marcaba tarjeta en el último minuto. Mi jefa me miraba mal. Con las justas, decía, con las justas. Pero esta vez alabó mi cartera y era la misma de siempre:

Qué moderna.

Imantado contra los broches, atravesando la cartera, el cuchillo de cocina le apuntaba. Pude haber sido la perfecta asesina. Esa mujer lo merecía, lo juro, me volvía loca:

Cuándo será el día en que me digas: ¿te traje el problema, pero también la solución?

Yo trabajaba horas extra, sin pago extra. Redactaba treinta y tres de las cuarenta páginas de la revista. El día del cuchillo me despidió. Había olvidado borrar un chiste en el archivo que enviamos a imprenta. Un buen chiste que no era mío, a decir verdad, sino de la que redactaba las siete páginas restantes. La portada del número de verano, un especial de veinte mil ejemplares, se tituló: PASIÓN POR LA CERVEZA en vez de: PASIÓN POR LA CEREZA. Vio el problema y no la solución. Envolví el cuchillo en un ejemplar de la revista y lo dejé olvidado al fondo de la cartera. Tiempo después, en el control de seguridad del aeropuerto, para mi sorpresa, el guardia lo agitó en el aire:

¿A quién planeabas matar con esto?

Y me dio un ataque de risa como pocas veces en mi vida:

Te prometo que tengo una buena excusa.

Quiero oírla. Arrojó el cuchillo a un ánfora de sorteo, transparente y a rebalsar de navajas suizas, tijeras, encendedores, tijeras de podar, baterías de litio, aerosoles y un recuerdo de una

mina boliviana, un montículo de cinco cartuchos de dinamita, del tamaño de un meñique.

Me quedo de pie frente a mi asiento.

Cuando pase toda mi fila me pondré el cinturón de seguridad. No me lo saco durante el vuelo, solo para ir al baño o caminar. No te salvará si el avión se estrella, pero amortiguará los golpes y no te estamparás contra el techo en las turbulencias. Les tuve un pánico tremendo, soltaba un *no* que a nadie contagiaba. Pero mi amigo de la agencia de viajes me explicó:

Las turbulencias son como baches de carretera, corazón, no pasa nada. ¿Sabes cuándo debes rezar, rezar de verdad?

Apuntándome con el lapicero:

Si caen las máscaras de oxígeno. Ahí se jodió todo. Y si tanto miedo tienes, siéntate muy atrás y al medio.

¿Cerca del baño? Jamás.

Las chances de sobrevivir aumentan.

Si voy a morir, prefiero que sea rápido y digno. Sin papel higiénico en la ropa.

Cargados de bultos pasan cotejando sus asientos. Uno me golpea la cabeza y su dueña: Tengo letra A. ¿Cuál es?

Quiero decirle, pero me callo. Me sé de memoria el alfabeto del avión: A y F son ventana. Esperando a que desalojen el pasillo y se sienten, reconozco a una entrevistadora de la tele. Tiene programa propio en horario estelar y es experta en noticias falsas. Si hay una protesta contra el gobierno en pleno centro de la ciudad, anunciará avistamientos de ovnis. Va saludando, una sonrisa impecable, no son dientes, son mayólicas de piscina, tan blancos que verás tu cara reflejada, incluso tus arrugas. Me saluda, mi cara en los incisivos. No estoy tan mal. Mi propia teoría de la conspiración me dice que ella es un amuleto, por ella no se caerá el avión, que sospeche si ahora mismo pasa conversando un grupo de monjas.

Estimados pasajeros, les habla el capitán, en nombre de toda la tripulación les damos la bienvenida a nuestro vuelo. El tiempo en el aire será cómodo, cielo despejado, estaremos llegando a destino en nueve horas y *treinta* y *tres minutos. Despegaremos apenas termine la recarga de gasolina. Para su seguridad, les pedimos mantener sus cinturones desabrochados.*

Nadie para mi fila, siguen de largo.

Mi buen humor es tal que le enseño a una señora cómo abrocharse el cinturón -había tomado las dos correas de su compañero-, le alcanzo su almohada a otra, se cayó en el pasillo y la pisoteaban, acomodo en el compartimento superior la mochila de un niño y lo cierro. Casi soy parte de la aerolínea, casi.

Me siento, no puedo creer mi suerte. Los dos espacios contiguos siguen libres: prescindir de los apoyabrazos y echarme, quizás incluso, dormir. Qué lujo dormir.

Una azafata pasa a mi lado. Apurada. Cesto concentrado. Esa cara. El pelo negro en un moño. Esa boca entreabierta. El uniforme azul se le pega al cuerpo como una bolsa con estática. Las piernas largas, esa manera segura de caminar. Es ella. ¿Claudia? Confirmo su nombre en la placa del saco:

Claudia.

¿Sí? Se detiene y me mira, desconfiada.

Nos conocimos hace años, tú me contratabas.

Mmm.

Busco en mi memoria la palabra que ella destinaba para nosotras. Nadie la usaba como ella. Recuerdo a Claudia por esa palabra. Y la digo.

De inmediato abre los brazos, me levanto, le doy un beso:

¿Estás bien?, me pregunta, ¿necesitas algo?

Todo perfecto.

Dame un ratito.

Se adentra en la oscuridad de la punta del avión. Hay algo nocturno en ella. Nunca la conocí a la luz del día, no puedo imaginar

cómo se ve por la mañana. En los aviones siempre es de noche, como en el casino. Vuelve con las manos llenas, noto las uñas pintadas de violeta nacarado. Quisiera que las tuviera sin esmalte. Solían tener una línea negra contra la carne, de barro perpetuo, de enterradora o jardinera, la mugre de quienes trabajamos con las manos. Con permiso y despliega la bandeja de mi asiento. La observo de cerca. El lápiz labial marrón oscuro ultra mate. Las bolsas, las ojeras y las patas de gallo, cubiertas con polvos traslúcidos pasados con una brocha esponjosa. Un finísimo vello negro en la barbilla, escapado de la pinza. Los únicos signos de que ha envejecido, como yo, pero ella se expone cada vez a la radiación cósmica.

Estás igual, le digo.

Esas épocas, ¿te acuerdas?

Me acuerdo.

Me entrega un par de pantuflas, una copa de vino (en vaso de vidrio) y un platito con almendras tostadas. Cuando vuelo me cuido de no tomar vino, café o cerveza, son astringentes, ni te das cuenta, te quedas seca, sin una gota de saliva, y tienes que comprar el agua. Claudia ha fusionado para mí económica y primera clase.

Gracias. Alzo mi copa, brindis solitario, sorbo. Qué bueno.

Me alegra. Me pides cualquier cosa que necesites.

Creo que voy a dormir. Quería ver una peli, pero ahora que tengo cama…

¿Qué haces acá?, pregunta, los ojos con un fondo amarillento, en realidad son marrones, encapotados, es el efecto de las sombras en la penumbra.

Dicto talleres de automaquillaje.

¡Tú sí que me sorprendes! Si odiabas maquillarte. Ni siquiera te tiñes el pelo.

Lo odio, pero es lo único que sé hacer bien.

Suena el timbre rojo. La llaman. Alza la cabeza. Me toca el brazo:

Seguro quiere vino, pero no puedo darle. Ya vengo.

La conocí vendiendo cremas para la cara en un supermercado. Cada noche, a la salida, sobre hojas de lechuga y choclos atropellados, me ojeaban la cartera y me revisaban en el estacionamiento. Cada día, ocho horas sin poder sentarme, frente al afiche: ¿QUIERES MEJORAR TU ASPECTO E IMPACTAR EN LAS PERSONAS? La estantería con potes para todo tipo de piel: normal a mixta y sensible a grasa. A esa edad me pellizcaba los granos de la barbilla, dejaba salir el líquido blanco y les ponía sal. Ninguna crema me servía, tampoco tenía dinero para comprarlas. Me pegaba al anaquel, hablaba con la quijada contra el pecho, temía que se vieran y me botaran.

Se paró delante de mí, alzó una ceja. Tenía un grano incipiente en la mejilla y le dije: La bacteria que causa el acné muere con el oxígeno, por eso nuestras cremas…

Tú eres menor de edad.

Tenía razón. Yo me hacía pasar por dieciocho para poder trabajar, con DNI falso.

¿Me vas a denunciar?

No. Tengo un mejor trabajo para ti.

Pero tenemos la misma edad.

No. Yo en una semana cumplo diecinueve.

¿Y de qué es el trabajo?

Necesito presencias.

¿Qué es lo primero que piensas cuando escuchas eso? En fantasmas, ¿cierto? Yo podía aprender a serlo o quizás ya lo era. De hecho, a veces llego a un lugar y nadie lo nota.

Tripulación de cabina, ocupar sus puestos, avión listo para partir.

Se sentó. Miró su reloj, giró las manecillas, ¿estaba atrasado o lo reajustaba al horario de nuestro destino? Un viaje nos cansa menos si debemos adelantar el reloj y nos cansa más cuando lo retrocedemos. Ir al pasado es más agotador que ir al futuro, ojalá

Claudia lo sepa. A su lado, un azafato sacó un pañuelo de papel, se sonó con ruido.

Le vi los tacones negros. Mi madre dice que mejor viajar con zapatillas, por si se cae el avión, tienes calzado seguro, como Juliane. Vas a poder caminar, trepar, correr, cazar. Está obsesionada con la chica alemana que cayó en la selva y sobrevivió siguiendo el cauce de un arroyo. Ocurrió en i971: para mi madre pasó ayer. Se salvó porque cayó abrochada al asiento sobre la copa de un árbol, su papá era biólogo y la mamá, ornitóloga, y conocía bien la zona. Yo casi siempre vuelo sobre el mar. En esta ruta los pilotos son de los pocos que practican amerizajes en simulador y en su manual aparece en las primeras páginas y no en las últimas. Contrario a lo que dice mi madre, para deslizarte en el tobogán e inflar tu chaleco al contacto con el agua, lo primero que debes hacer es quitarte los zapatos. No romperás la lona del tobogán y flotarás mejor sin ellos. Si hay un bote cerca, quizás te rescaten de una de las alas: es lo mejor que podría pasarte si el agua está a seis grados y te amenaza la hipotermia. Si un soldado muere en combate, otro soldado -incluso, enemigo- le patea una de las placas que lleva al cuello contra el paladar y la otra la guarda en el bolsillo, así pueden reconocerlo, dedicarle una tumba. Si cayéramos al agua y nos disolviéramos contra el fondo marino, sabrían quiénes somos por lo más insignificante: un botón.

¿Qué enseñas?, me alcanza una tercera copa, servida a rebalsar. Hace una media hora alcanzamos velocidad de crucero. Me gustaría sentarme un ratito a tu lado.

Alzo la bandeja, me corro a un costado:

¿Cómo se te ocurre?, dice, estoy trabajando. Se arrodilla en el pasillo.

Por lo alto les digo que el maquillaje ayuda a la autoestima.

¿Y por lo bajo?

Que ni hablar.

Ríe. ¿Te casaste, tienes hijos?

No y no. ¿Tú?

Tampoco.

Las chicas guapas hacen que los hombres compren los tragos más caros, las chicas guapas hacen que gasten de más.

Claudia nos pagaba para que permaneciéramos entre nosotras y decirles que más tarde. Para no dejarnos impresionar, para ser imposibles, para postergarlos. Ni para bailarles ni para coquetear. Ella cobraba por todas y repartía el dinero en partes iguales. Avisaba a seguridad si alguno se sobrepasaba o nos quería emborrachar. Con ella pude ir por primera vez a una discoteca en minifalda sin que me molesten.

Necesito diez presencias cada fin de semana, ¿quién está disponible?

Yo estaba disponible. Solo tenía que moverme a mi ritmo, como me diera la gana, con nueve chicas más. Ir vestida a mi gusto. Ni siquiera sonreír. En nuestro círculo no entraba nadie. Cobraba por ser yo. La presencia de Claudia: no bailaba, observaba. Omnipresente. El pelo atado en una cola, conjunto negro apretado, escarcha en el pecho, casi como hoy, hace veinticinco años.

Los aviones sufren de fatiga de materiales, su vida útil es de veinticinco años. ¿Hemos superado nuestra vida útil?

Algunas madrugadas, a la salida, nos juntábamos a una cuadra de la discoteca, en la sanguchería. Sudadas, el pelo mojado, con el delineador negro por fuera del párpado, estirando los brazos de las casacas para abrigarnos, muertas de hambre. Algunas compartían el sánguche de pollo, había que pedirlo de una manera especial: una pechuga en dos panes. Yo, en cambio, doble carne, papas al hilo, mayonesa, salsa de aceituna. No me cuidaba, tenía el cuerpo inflado y me salían granos. Voraz. Claudia se burlaba:

Comes como adolescente. Ah, verdad, lo eres.

Vivíamos cerca, éramos las últimas en irnos. Caminábamos diez cuadras. Me tomaba del brazo las noches de frío.

¿Qué vas a hacer después?

¿Cuándo?

Cuando seas grande.

Ya soy grande, Claudia. Pero después de esto quiero estudiar.

Yo también. ¿Qué cosa?

No sé, me gustaría saberlo. Ahora que gano plata y puedo ayudar en casa, las cosas han cambiado. ¿Tú?

Educación inicial.

¿En serio?

En serio.

¿Qué tienes que ver tú con los niños? Deberías estudiar para maestra, pero de ceremonias.

¿A ti qué te importa?

Me dejaba en casa, esperaba en la puerta hasta que la luz se encendiera, era mi padre, cualquier ruido lo levantaba, y yo hubiera entrado.

Claudia tenía cierta fama. Se decía que le gustaban las mujeres.

Les pedimos que regresen a sus asientos y *se abrochen los cinturones de seguridad. Desde este momento queda prohibido ir al baño y debemos suspender nuestro servicio de líquidos. Estamos atravesando una zona de turbulencias.*

La primera noche del verano, las chicas me ofrecieron el vaso. Nos dábamos los últimos toques. Intercambio de lápices de labio, rímel, base, nos admirábamos frente al espejo. Un espejo de pared a pared, rodeado de luces rojas con sensor de movimiento, algo entre hostal y láser de museo. El dueño abriría la puerta del baño, en cualquier momento, el rugido: ¿Por qué demoran tanto?

Nunca tomas.

Hoy es un día especial.

Comenzamos temporada.

No seas aburrida. Es solo un trago.

¿Te lo vas a perder? Un trago y listo, no te molestamos más.

Claudia nos daba la espalda. Debajo del secador de manos: UNA SERVILLETA POR PERSONA ES SUFICIENTE.

No seas pesada y toma.

Recibí el vaso, lo olí, ¿qué es esto? Fingí una arcada. Necesitaba ganar tiempo, que entrara el dueño.

Claudia sacó otra servilleta, nos miraba de reojo.

Basta, dijo Eliana. No exageres. Me jaló la tira del sostén y látigo mi hombro.

Auch. ¿Qué les pasa hoy?

Entre todas me agarraron, todas menos Claudia, me abrieron la boca, las manos en la espalda, gritaban:

Hasta el fondo, hasta el fondo. Eso.

Me hicieron tomar todo de golpe. Lanzaron el vaso al tacho. Cayó fuera y ninguna lo recogió.

¿Ves? No era tan difícil. Se rieron. La puerta vaivén dejó salir a la última, me mostró el dedo del medio antes de irse cantando. Espuma en la boca. La blusa blanca mojada, una mancha amarilla crecía en mi pecho. Hice como que rompía el espejo de un puñetazo:

¿Cómo voy a salir así?, ¿cómo?

Claudia se acercó con la servilleta. No dijo nada. Me secó la cara. El papel por mi boca, por el cuello. Raspaba suave.

Pasó sus dedos por las comisuras de mis ojos:

Ni se te ocurra. Por favor, no.

La puerta se abrió:

Solo faltan ustedes dos. Otra vez. Que no se repita o se quedan en la calle. Vamos a hablar muy seriamente. Tiró la puerta. Ventarrón de música, sudor, cigarro, el olor de la fiesta, la piel de gallina.

Claudia me dio el papel:

Sigue tú.

No voy a poder salir así. No se va a secar nunca.

Entonces quédate en sostén y listo. Apúrate.

No.

Como estar en bikini, imagina que estamos en la playa. No pasa nada.

No estamos en la playa, dije. Como no me movía, me alzó los brazos. Me sacó la blusa por encima de la cabeza. Se la quedó. Me miraba y me tapé.

No es para tanto, dijo.

Lo sé.

Me entregó la blusa. Nos quedamos viendo. Las luces rojas nos apuntaban y evadían. Nos besamos a la vez. Sus labios sabían a *Frambuesa nostálgica*, el sabor de moda, y a papel. Su lengua me asustó. Caliente y ávida y acogedora. Yo no había besado a nadie. Me envolvió un calor. Nos abrazamos, sus uñas en la baja espalda, y al oído:

Me gustas.

Yo no quería soltarla. Ella lo hizo primero y caminó a la puerta. Busqué a las chicas. Reclamaban sus cocteles en la barra. Se dieron codazos. Me tomé una Virgen Colada. Bailé y bailé. No era mi cumpleaños, lo parecía. Me olvidé del sostén. Esta era mi playa. Sudé como dicen que deben sudar los que tienen fiebre para arrancarse cualquier mal. Todos me miraban, seguro que lo sabían. ¿Por qué me miraban? La evité toda la noche. Cuando cruzaba la pista hacia mí, el dueño la agarró del codo y se la llevó a una esquina, le gritaba y ella gritaba también.

No volví a la discoteca y las dos veces que fue a buscarme a casa pedí que no la atendieran y todas las veces que llamó, levanté el auricular y le colgué.

Tripulación, puertas en manual, cross check y *reportar.*

Aplauden, el aplauso es tímido, alternado, sin unanimidad. Muchos se levantan. Me pongo la casaca -el pasaporte, en el bolsillo- y las zapatillas, no se me hincharon los pies. Guardo las pantuflas en la mochila, no es de buen gusto dejárselas al siguiente pasajero. Me doy cuenta de que estuve tapada con la manta, yo no me la puse. Bostezo, como devuelta de un sueño profundo. Tengo sed, la boca seca. Quiero ir al baño. ¿Qué hora es? Adelantar dos horas, retroceder una, ya ni sé. ¿Es hambre de almuerzo? Nunca me pasa,

cuando el tren de aterrizaje toca la pista, me agarro del asiento delantero y veo mi futuro.

Una amiga dice que me gusta la mentira, por eso trabajo en cosmética. Diré la verdad. Me tiño el pelo, si no lo tendría blanco, y no quiero verme diez años más vieja, sino cinco más joven. Nunca besé a Claudia, ella hubiera querido hacerlo, estoy segura de que yo le gustaba. Las luces rojas del baño me daban náuseas, después de tomarme tres cervezas seguidas cada noche de sábado. Claudia no tuvo las uñas con una línea de mugre, yo sí. En mi casa comprábamos el agua y no alcanzaba para bañarnos todos los días. Solo una vez me acompañó, mi padre no encendía la luz, sino mi padrastro. Mi padrastro le pegaba a mi madre, así que no quise ponerlo en esta historia, no es un tipo que valiera la pena. Al día siguiente de que mamá lograra botarlo de la casa, consiguió trabajo de vigilante en la discoteca y yo no volví más.

Comienzan a llenar el pasillo, a vaciar los compartimentos. Aún instalan la rampa, pero maletines, bastones, sombreros y bolsas me rozan la nuca. Me levanto, me duele la espalda, me recosté solo en dos asientos, no me eché en los tres. ¿Dónde está? Demasiadas cabezas. ¿Quién de ustedes se está mudando, quién está cambiando su vida para siempre? Una beba chilla detrás de mí, abre y cierra los puñitos, llora tanto que no puede abrir los ojos, llora como cualquiera de nosotros. Te entiendo, cariño, le diría en su lengua, felizmente no soy tu mamá. Un hombre carga un salchicha: Lo tuve a dieta dos semanas para que pudiera volar conmigo, solo podía pesar seis kilos, le cuenta a un señor que le responde: ¿Y qué le dio de comer?, necesito bajar esta panza ya mismo. La plaquita de identificación del perro mece su nombre, el largo hocico con curva de sonrisa, el pelo corto y duro. Me olvidaba, la pátina refractiva está en mi boca. Tengo los mejores dientes que puedo pagar.

No la veo por ningún lado. Me siento a esperar mi turno. No suelo ser así, cuando dicen *Tripulación, puertas en manual, cross check* y *reportar soy* la que se levanta primero y saca su equipaje al pasillo y, apenas descorren la cortina de primera clase, entra donde no pertenece.

Saldremos solo por la puerta delantera.

La cabina está abierta. El capitán conversa con el segundo oficial, la gorra en la rodilla.

El azafate esconde el pañuelo detrás de su espalda, saluda gangoso:

Perdón, me estoy resfriando. Gracias por volar con nosotros.

Me despides de Claudia, le digo.

¿De parte de quién?

ISLA GRANDE

Mi casa es mi casa se leía en el tapete de la entrada.

El departamento, tal cual la foto, pero no era la foto: cocina para una persona, un baño para una y media y un pasillo para uno detrás del otro. Sobre la cama de dos plazas, una hamaca atravesaba la habitación. Entendimos por qué lo anunciaban como «ideal para tres». Abrimos el ventanal, ingresó vaho caliente de lluvia. Es hermosa la lluvia cuando estás bajo techo. Las sábanas, recién lavadas, se secaban abiertas. Se secaban sobre el colchón.

Nos trepamos a la hamaca y mecimos las cinco horas de vuelo, las dos horas de espera en la sala de embarque, la hora de carretera al aeropuerto. El morro. El morro. Con sus revoloteos de cacatúas y gallinazos. Nos ladeamos para admirarlo.

Dijo:

¿Qué hago aquí?

¿Cómo?

Si yo quería ir a la montaña, si yo odio el mar.

Tú también querías venir.

No, no, no, tú organizaste todo esto.

Me pediste que me encargara y te mostré las fotos de cada lugar.

¿Cómo decirte que no si no tengo tiempo para nada? No me queda resto ni para pensar en las vacaciones. Se levantó y fue a la puerta. Por supuesto, se escuchó desde el pasillo, por supuesto. Vino hacia mí zarandeando el llavero:

Solo hay una llave, claro. No me puedo ir.

Me voy yo, dije. Llamo ahora mismo a la aerolínea y me voy.

Bajé de la hamaca, tomé mi celular, agarré una de las maletas, las dos calcadas, cajas negras, y la llevé a la entrada. Yo no soy de gritar, yo lloro, no quería que me viera llorar. Si lloro, pierdo. Puse en altavoz la llamada y escuchamos:

Para compras de pasajes marque 1, para saber cuántas millas tiene marque 2, para canjes con sus millas marque 3…

¿Que te vas a ir, que te vas a ir? Se puso las zapatillas y dejó las mías a mis pies:

Ven, vamos a la playa.

Abrimos las maletas, nos cambiamos y pusimos gorras. Yo me amarré un canguro con el DNI y la tarjeta de crédito. Nuestro edificio, rodeado de restaurantes y bares, fritura grasienta y pegadiza, un olor que a mí siempre me da hambre. Papayas, mangos, cocos, guanábanas, pitahayas, vitrinas de abundancia, yo las extraño y donde vivimos las llaman «exóticas». En las mesas, parejas jóvenes y mayores conversaban y brindaban, algunas parecían gritarse. Era la alegría eufórica, iridiscente, de vivir junto al mar: te zambulles, salpicas, te vistes, te vas.

No quiero imaginar esto de noche, dijo.

No lo imagines.

La playa larga, la arena dorada. Nos invitaron a regatear por dos reposeras y una sombrilla. Nos íbamos adormeciendo, tomados de la mano, con el chasquido de las olas, yo parpadeaba, entreabría los ojos, sueño azul, entregarme al descanso, a olvidar.

Sírvase. Ante la orden, mostré las manos por instinto y recibí un papel con maní tostado.

No, gracias.

Se arrodilló frente a mí:

Coma, coma, está rico, barato.

No, no, gracias. No deseo.

Coma. Empujó el papelito en mis manos.

Le dije:

No puedo, soy alérgica.

Por fin aceptó mi negativa. Recogió el papel y se marchó.

¿Para qué mientes?, dijo sin abrir los ojos. Igual se iba a ir.

Es lo que pude hacer. Hago lo que puedo.

¿Quieres agua de coco? Allá venden.

Muero por agua de coco.

Yo traigo.

Llévate el canguro, le dije. Se lo puso al cuello. Volvió con dos cocos helados. Me entregó una cañita de papel:

Había olvidado que aquí se podía pagar todo con tarjeta. No hay que usar efectivo. Y ni siquiera me pidieron el DNI.

Qué bueno.

Sorbimos. El jugo helado bajó a mi corazón. ¿Vamos al agua, cielo?

Vamos, pero no podemos ir a la vez. Alguien debe quedarse mirando las cosas.

No, dije, escondamos todo en la sombrilla, entre las varillas, no se verán de lejos ni de cerca. Dámelas.

Ni hablar. Nadie va al agua sin encargar sus cosas.

Les decimos a ellos. Señalé a un muchacho y a su compañera, tomaban el sol boca arriba.

No, tampoco los conocemos.

Bueno, voy yo.

Disfruta tranquila.

Lanzarme de cabeza al agua tibia, un buen clavado, pero tenía piso. Me hundí, distorsión, los gránulos de arena y los peces, mis manos abriéndose paso, desproporcionadas, enormes. Miré hacia la costa, entre cientos de cuerpos, entre cientos de sombrillas similares, lo reconocí. Agitó los brazos. Saludé de vuelta. Me dejé llevar, soy de un mar tan poco calmo, de olas fantasma, resacosas, perder las precauciones, las gotas en la cara, un sol todavía tranquilo, la felicidad tarareable. Las orejas bajo el agua y me alcanzaba la voz de la orilla: vendedores, madres, niños, futbolistas, perros.

¿Cómo está?, preguntó.

Riquísima.

Ahora voy yo.

Me quedé al sol secándome, lo seguí hasta que el agua bañó sus pies. Es linda su espalda. Son lindos sus pies. En cambio, mis amigas dicen de los míos: Si te amputaran los dedos gordos calzarías treinta y cinco. Él no ha dicho nunca nada feo de mis pies.

Volvió sacudiéndose el pelo:

Deliciosa. Me dolía un poco el hombro de cargar las maletas. Recogió el coco, la cáscara plateada de frío.

Pensé que no te gustaba la playa.

No me gusta, pero ya que estoy aquí quiero pasarla bien. Se sentó a mi lado:

Al atardecer la gente aplaude cuando el sol se oculta en el mar. Hoy lo veremos. Puso su mano en mi pierna. La sacó y apuntó al cielo:

Uy, esa nube no me gusta nada.

¿Va a llover?

Parece.

Yo con la lluvia tengo dudas. No la conozco. Todavía pregunto la diferencia entre trueno y relámpago. Le digo que voy a fijarme en qué dice el clima:

Hay veinte por ciento de…

Deberíamos irnos.

¿Irnos? ¿Cómo nos vamos a ir? Está hermoso. Nadie se va. Míralos, ellos sabrían.

Las pelotas zigzaguean, las patadas, el queso se dora en las parrillas portátiles, el chorro de guaraná cae y desborda los vasos. Dos amigas se duchan, se quitan la arena del bikini y se visten de oficina. El salvavidas baja los binoculares, devuelve un pelotazo.

Saco mi reposera de la protección de la sombrilla, la inclino hacia atrás. Dejo de ver el mar, calcado de cielo, más gris que azul, olas de nubarrones se barullan. Él clava los codos en los brazos de su silla, la endereza, se pellizca el labio.

Digo:

Te ves como yo en las turbulencias.

Dice:

Esto no me gusta nada. Nadita.

Brummm. Cotones. Gritos. Un rayo baja al mar. Incandescencia que nunca he visto. Lo electrifica. En duplas juntan las reposeras y arrancan las sombrillas. El agua se desliza por la tela plástica. Todos corren, se cubren con las toallas, cargan baldes, perros, pelotas, botellas, bebés. Un bañista nada y nada. El silbato:

¡Fuera!

La playa, abandonada y lisa. Nunca vi un repliegue tan efectivo, ¿cómo decirlo?, tan veloz, instantáneo.

Se levanta:

Esto no es lluvia. Es el diluvio universal.

Tenías razón.

¿De qué me sirve tener razón si no escuchas? ¿Ahora qué hacemos?

Corremos a la primera palmera. Tiritamos cubriéndonos con cosas que ya están empapadas. Me pongo debajo de la hoja más abierta. Me jala a su lado, compartimos toalla. El viento manguerea el agua hacia nosotros. Al final del malecón, una estación policial. Subidos a un peldaño y bajo un toldito, tres policías, dos hombres y una mujer, toman algo caliente mientras nos observan.

Salimos apenas amaina.

Caminemos rápido, dice, en cualquier momento se larga a llover de nuevo.

En su cara, determinación y agotamiento. ¿Cómo se nos ocurrió venir en enero, en las vacaciones de medio planeta, venir siquiera? Pisamos charcas de agua sucia, no hay cómo evitarlas, los autos, aunque van lento y cuidadosos, nos salpican.

Se me están mojando las plantillas, digo.

Todo se está mojando.

Mis plantillas no las cubre el seguro. Las debo reemplazar cada año. Piso tan mal que la goma eva se aplana y terminan hechas un trapo. Cuando le preguntamos qué pasaría si dejo de usarlas, la

fisiatra señaló mis piernas: ¿Quieres tener paréntesis? Me rio en voz alta.

Se distancia:

¿De qué te ríes?

No deja de ser gracioso, inundación el primer día.

Necesito descansar. Me voy a romper. No aguanto más. Y esto recién comienza.

Hay empujones debajo de cada balcón, peleas por cada restinga, paraguas flácidos en los basureros, tumultos en las puertas de restaurantes repletos. Familias reunidas a la luz de las velas, sin enterarse, sin mirar afuera.

Los envidio, digo.

No conozco la envidia en ti.

Ahora sí.

Yo estoy sintiendo picazón en la garganta, dice. Esa picazón de cuando sabes que ya te resfriaste.

Ahora te tomas una ducha bien caliente.

Ojalá.

En la recepción del edificio, el vigilante del nuevo turno nos ve. Llama y cuelga. Llama y cuelga. Llama de nuevo y asiente.

En los espejos del ascensor: dos pollos mojados. A los pollos no se les moja porque se enferman. Encharcamos el piso. *Mi casa es mi casa.*

Sale del baño con el pijama puesto. Yo colgué la ropa en el perchero de la cocina. Exprimí como si la ahorcara, goteaba todavía.

Tiende la cama, se toma su tiempo, estira las zonas apelmazadas. Se recuesta y da una palmadita:

Las sábanas están bien.

Lo miro a los ojos. Como el café que probé cuando llegamos, mezcla de dos granos, uno da color; el otro, sabor. Son marrones con vetas ámbar.

Hola, digo.

Hola.

Le acaricio el mentón. Raspa. Vellos canosos, el primer lugar de su cuerpo que tiene su misma edad. Lo beso donde nacen, lo huelo:

¿Cómo estás?

El colchón es malo y ahora vendrá un ruido terrible de la calle.

Listo, me voy a bañar.

Me levanto de un salto. Nunca es buena idea discutir en la cama. Aunque la cama se preste para la pelea, sal de ahí.

Vas a cumplir cuarenta y cinco, dice.

Y tú, ochenta. Solo es cinco años mayor.

Abro la perilla y no se calienta nunca. Sigo destemplada. Cuando estoy triste lloro en la ducha. Lágrimas breves, intermitentes, las puedo beber sin que nadie se dé cuenta, camufladas. Si entran y me sorprenden, ¿qué es mar y qué es río? Tanta molestia hoy por el agua, tuve agua de sobra, dulce, salada, de coco, de lluvia, hiperhidratación.

Encendemos el ventilador del techo, las aspas y su ruido constante, envolvente.

Que descanses, digo.

Es lo que más deseo.

El morro se ilumina. Salpicones de luz blanca y espectral. Los postes largos, anaranjados y amarillos, jirafas entre el follaje esperando el amanecer. Su respiración se hace pesada. Me pregunto cómo la luz artificial altera el ciclo de las hojas, por qué la lluvia no ahoga las plantas, cuándo estaremos bien.

En toda la madrugada no nos tocaremos. Cada uno en su viejo lado de la cama nueva. No se acercarán nuestras manos ni nuestros pies. Tocarse los dedos, ese abracadabra. Hoy no.

Encuentro dos cápsulas de café en la despensa y enciendo la máquina. Desayunar con esta vista, con el relieve de la ciudad y el morro. El morro. Las jirafas dormidas bajo el cielo de gallinazos, ¿qué se pudre? Cargo junto a la ventana la mesa, una silla y el banquito. Trasladé la cocina a la habitación. El departamento es para tres, para dos y a veces para uno.

Miro la cama. Boca arriba, la nariz de pico. Hace poco descubrieron que los pájaros sueñan. Sueñan con volar, sueñan que inventan canciones, cantan por dentro, de noche, una música nueva que sube en sus pechos sin llegar a salir, diferente a la heredada que entonan durante el día, y sueñan también con desplumar a otros pájaros por el mismo territorio. Yo sé que puede irse. Él sabe que puedo irme. ¿Por qué seguimos juntos? Duerme como en casa, hondo, la almohada sobre los párpados. Buena señal.

Sin hacer ruido, saco la computadora y abro la página de siempre: la del banco. Reviso mi estado de cuenta. Un primer cobro del agua de coco, bien, y un segundo cobro. Por un monto espeluznante. Lo llamo por su nombre. Buenos días. Abre los ojos, la luz dilata sus pupilas.

¿Café?

Sí, sí, por favor.

Le alcanzo la taza. Dejo que sorba. Digo:

Nos estafaron ayer.

Se sienta de un salto, se quema los dedos, los sopla:

Carajo, ¿por cuánto?

Ochocientos dólares. Me quiero morir.

No puede ser. No te lo puedo creer. No paguemos nada más con tarjeta.

No tenemos tanto efectivo.

Se levanta, va al baño. Le hablo detrás de la puerta:

¡Tenemos que hacer la denuncia y con eso llamo al banco! ¡Me van a bloquear la tarjeta y no vamos a poder usarla!

¡Se va a resolver!

Cuando sale veo en sus ojos un plan. Siempre dice que puede pensar bien en el baño:

Tienes que desconocer el consumo. Será fácil probarlo. ¿Tomaron diez mil litros de agua de coco en dos minutos?

Digo:

Vayamos al puesto. Tenemos que hacerlo antes de que me facturen la tarjeta este mes. Sin enojarnos, tranquilos, empecemos

por las buenas.

Sí. Me parece bien.

Digo:

No los señales con el dedo, así escuchan con calma y nos dan una respuesta. Quizás sea un error, no lo sabemos.

Bien.

Nos vestimos para un largo día de caminata. Corras y protector solar. Mis plantillas se arquearon ligeramente, pero están secas. Nos dirige, en su mapa mental no avanzamos ni una calle por gusto. No desperdiciamos energía. Puestos de agua de coco en cada esquina.

En la estación me preguntan la nacionalidad y me entregan un formulario. Cuento lo que pasó y el monto sustraído. La puerta se abre una y otra vez, un idioma detrás del otro:

Estábamos comiendo, nos distrajeron y se fueron corriendo con mi bolso.

Caminábamos por el malecón, cuando zas, me arrancaron la cadenita.

Y la policía turística:

Algo está mejorando, no tuvimos asaltos a mano armada en todo el día.

Volvemos a la playa, pero del puesto, ni rastro. Los vendedores nos piden descripciones, nos escuchan y asienten:

Ah, no los vimos nunca.

Pasamos el día entero frente al mar, sentados sobre las toallas en la arena caliente. Tres parejas nos buscaron para que les cuidáramos las cosas, armaron bultitos junto a nuestras zapatillas. Hicieron el gesto de «me las miran».

Se ve que parecemos confiables, dijo.

El mar, más tranquilo que yo, más tibio. Nadé hasta las boyas a toda velocidad, estarían a unos cien metros, sin sacar la cabeza, sin pausa de respiración. No pudimos ir al agua al mismo tiempo.

Al volver llamé al banco. La tarjeta quedó bloqueada y envié la denuncia por correo.

Por la noche salimos a cenar. Pedimos una porción de yuca frita con salsa tártara. Tomamos dos tragos y nos cobraron siete. El mozo, sin acercarse a la mesa, esquivo. Logramos conversar, enmendó. Se reavivaron en mí la sospecha, la aprensión, perdí el optimismo con el que me levantaba cada mañana, esperé lo peor.

Igual, dijo él, no se trata de este país, es así en todas partes.

Lo sé. Lo sé.

Llegó la respuesta del banco:

Usted entregó la tarjeta, la compra fue presencial, por lo tanto, no podemos reconocer que haya sido un robo. ¿Tiene más argumentos de prueba?

Quiero tirar la computadora por la ventana. Él no la entregó, la apoyó. Acidez, contamos el efectivo, reflujo, hemos ahorrado más de un año para estas vacaciones. Y son las vacaciones del recelo.

Hago las cuentas y me espanto, dice.

Mañana que partimos a la isla, ojalá todo sea mejor allá.

Lo dudo. Y te pido que les avises que necesitamos camas separadas.

¿Separadas?

Yo así no aguanto más.

¿Cómo? ¿Qué no aguantas?

A ti.

Escribí al hostal. Había elegido la habitación más linda, ambos estaríamos de cumpleaños.

Nos recogen al último.

Vamos con jóvenes que se hablan a los gritos y escuchan música sin audífonos. Por sus cortes de pelo no sé si acaban de hacer el servicio militar o es la juerga previa al reclutamiento. Cabeceo, imposible dormir. La camioneta se detiene en una estación de servicio con comedor. Almorzamos dos empanadas de queso cada uno.

Digo:

¿Te das cuenta de que nunca son solo las horas en tránsito?

Asiente:

Son todas las horas previas y todas las horas posteriores.

Las lanchas se dividen entre rápidas y lentas. El corazón me dice que tomemos la lenta.

Maletas, cestas, todo el equipaje adelante, bolsos, maletines, bloquean el único escape, elevan la proa y a nosotros, no vemos nada, no hay paisaje, solo puntos, gotones. El capitán insistió en que nos amarrásemos bien el chaleco salvavidas. Él también lo llevaba. Para la demostración tomó de ejemplo a una chica, le arranchó el celular, no voy a prender el motor hasta que tú obedezcas. Ella rio y tardamos veinte minutos en salir.

¿Sabías que la parte visible de un barco se llama obra viva y la parte invisible se llama obra muerta?, grita sin poder abrir los ojos.

Si seguimos así, digo agarrada de su brazo, clavándole las uñas, la obra muerta vamos a ser nosotros.

Acodadas en el muelle y en las calles aledañas, cientos de personas, ¿mil?

Nos gustaba la idea de una isla sin autos, con caminos de tierra plisada. Apenas invadida.

Avanzamos entre el bullicio.

Fue su mejor amigo quien insistió en que viniéramos. Estuvo con su hija y después con una novia, un sueño, dijo, el mejor lugar del mundo, tienen que comprarse máscaras de buceo, iría con ustedes, dijo, increíble, la van a pasar genial, van a querer quedarse a vivir para siempre. Apenas pisamos la isla lo supimos: entre su memoria y la realidad habían pasado dos décadas, era el aniversario del recuerdo. La idealizó.

En *Informaciones* recibimos un mapa, nuestro hospedaje marcado con una X, a seis cuadras del muelle.

Sorteamos los agujeros de tormenta, el desorden, el barro en las pantorrillas, en las ruedas, ¡delicioso menú!, jaladores para comer, si no te gusta te devuelvo tu dinero, las maletas entrampadas, carteles para elegir uno de los quince tours a las veintidós playas, ¿quiere cotizar?, adelante, pase y vea.

El hostal ocupaba un primer piso. En el segundo, un restaurante italiano.

La recepcionista:

Esta es su habitación, que la disfruten. Y cerró la puerta.

Techo bajo y olor a humedad salada, a depósito de barco, a agua de pasta.

¿Un restaurante?, dijo.

Basta. Ni siquiera vamos a estar.

Las camas de una plaza, inseparables. Si existe un espacio mínimo entre las cosas, una distancia de timidez, no la había. Eligió la más cercana al baño. Al tirar de la cadena, el inodoro burbujeaba agua hirviendo.

Dijo:

No hay dónde sentarse a leer cuando llueva, no hay siquiera vista. ¿Cuánto nos ha costado esto? ¿Tenemos ya todas las noches pagadas?

Todas.

Yo confié en su mejor amigo y en mis búsquedas. Dediqué noches enteras a comparar reseñas. Si este hostal era el mejor, ¿cómo serían los otros? La ventana miraba al tanque de agua y al poste de la luz. Le dábamos la espalda al segundo morro de nuestro viaje.

Chirriar de sillas y mesas, reacomodo espacial, vasos, cubiertos, tenedores, ruidos de brindis sin fiesta. Pisadas. El restaurante funcionaba de 6 a 9 de la mañana y de 6 a 9 de la noche. Las mudanzas iniciaban dos horas antes de abrir y terminaban dos horas después de cerrar (eso no estaba en el anuncio).

Sentado en su cama, escarbó en la mochila:

Si la ansiosa eres tú, ¿por qué soy yo el que tiene que tomar pastillas?

Quería que lo pasáramos bien.

Estamos acá porque te encanta comer.

Esto es un error, pero no es mi culpa.

Sacó un libro, se echó y le apuntó la luz de la única mesa de noche:

A veces no te soporto.

ídem.

Pero quiero a mucha gente que no soporto.

Comenzando por ti, dije.

Comenzando por mí.

Agarré una manta, me paré en mi cama y cubrí la ventana de punta a punta. Necesito dormir en noche cerrada, si ingresa una pizca de luz, me despierto. Busqué el pijama:

Ay, ¿sabes dónde lo puse?

No.

Estaba, pero incompleto. Olvidé la parte de arriba en el departamento anterior, bajo la almohada. Lo olvidé por la costumbre.

Eso te pasa, dijo, por la costumbre de hacer la cama donde sea.

Me conoce. Mi único buen pijama de dos piezas, los demás son reemplazos, partes sueltas, no combinan. Separé el conjunto. Me puse el *short* que se salvó y un polo cualquiera.

¿Qué planes para mañana?, preguntó.

Mar. Mar. Y mar.

Vi que se esperaba lluvia para los próximos tres días, pero no dije nada. Los pronósticos se equivocan y yo con la lluvia tengo dudas.

Amaneció hermoso. El sol refulgía. A veces es mejor callar.

Nos encontramos con otros diez turistas en la recepción. Caminamos unos quinientos metros hasta una caleta de pescadores. Yo había preguntado por un recorrido tranquilo. Definición de tranquilo: poca gente, sin música, sin megáfono y con un guía sin horror al silencio.

La barca se llamaba CARLITOS Y ~~XXX~~. Aunque nadie se lo pidió, el capitán dijo que el nombre tachado era el de su ex.

Surcábamos las aguas. Mar adentro, nos ofrecieron jugo y mango en trozos, la pulpa se deshacía entre los dedos. El guía explicó que la isla había sido durante treinta y cuatro años una cárcel para

delitos de robo, asesinato, estafa, corrupción y para presos políticos…

Tengo hambre, dijo una niña.

Come, dijo su madre.

No quiero mango. Solo hay mango.

… De vez en cuando, un camión, el único que había, les daba comida y medicamentos, pero básicamente se morían de hambre y padecían horribles enfermedades. Se organizaron para fugarse todos juntos, seis lanchas los esperaron en la orilla y los cruzaron a la ciudad…

Me voy a lanzar desde acá, dijo un niño, desde acá. El agua rozó sus manos.

Cállate y escucha, dijo el padre.

… En la ciudad se mudaron a la base del morro, nadie quería habitarlo, piensen que en esa época a nadie se le ocurría una vida vertical. Los prófugos fueron reconocidos como parias y como héroes, y formaron un partido vigente hasta nuestros días…

A la una, a las dos, dijo el niño, y su padre lo retuvo del brazo. Se quedó mirando la masa ondulante, saltaría en cualquier descuido.

Estoy contento de que no vayamos a tener hijos, susurró.

Yo también. ¿Tú por qué?

… Cuando vean un camión, es el mismo de aquel entonces, sigue siendo el único vehículo autorizado…

No puede ser, dije. ¿Cómo va a ser el mismo camión? Es mentira.

¿Ves qué horrible es mentir?

Ay, por favor.

… Y es el camión de basura que pasa por el centro del poblado una vez cada dos semanas y que ustedes quizás alcancen a ver dependiendo del tiempo de su estadía.

El capitán:

Muchas gracias, Ciro.

El grupo aplaudió.

Y el capitán, exigiendo al motor, hizo un rodeo:

Señoras y señores, niña y niño, aquí la tienen en todo su esplendor. La prisión más bella del mundo.

¡Uaaa!, se escuchó.

Cuatro columnas sin techo se erigían en medio de la vegetación, recubiertas de enredaderas. Neblina algodoneaba entre las copas de los árboles.

¡Humo!, apuntó el niño. Su padre se embadurnaba con protector solar y no le respondió.

El guía dijo que en el pasado alguna zona de la isla se pudo haber incendiado, pero que llovía tanto que el fuego siempre se apagaba. El niño pareció satisfecho.

Llegamos a la bahía. Bajamos por un viejo muelle de concreto. La playa se llamaba PELIGRO. El guía explicó que le pusieron ese nombre solo para espantar a los turistas.

¿Quién se lo puso?, dijo la niña, la boca de mango.

Ciro:

Un turista que se mudó a vivir aquí. Y Garlitos -sujetaba su barca-, soltó la soga, la pisó y nos dedicó una venia.

¿Cómo se llamaba originalmente?, pregunté.

Un suspiro largo y Garlitos:

Tiene varios nombres. Gerónimo, Diamante, Sacramentos. No nos ponemos de acuerdo.

Luego de un discurso sobre enojarse o tomar acción, nos invitó a recoger basura. Barra libre para la pareja que mejor limpie la playa. La recorrimos entera: una llanta de tractor, dos pañales, una sandalia rota, un polo de la NBA, puchos, latas, tapas de gaseosa, una barra de acero, lapiceros sin carga. Elegimos los plásticos. El niño que insistía en lanzarse al agua pasó a nuestro lado preguntando por qué explotan las ballenas y su padre le dijo no preguntes obviedades.

El concurso había terminado.

Subimos cinco bolsas negras a la barca. No nos permiten alcohol a bordo, se disculpó Garlitos, pero miren qué linda quedó PELIGRO. El guía nos repartió máscaras de buceo:

Echen saliva a los lentes, así.

¡Qué asco!, dijo la niña. Y escupió.

Ciro, pura risa:

Es para que no se empañen, después les juro que los lavamos. Y recién se los ponen en el agua. Antes no porque se salen. ¿Quién va primero?

¡Yo! El niño se arrancó las sandalias, cayeron a los pies de su padre. Vuelo liviano y gracioso. Au, dijo, y pasó al saltito apurado, el muelle ardía.

¡No te tires de cabeza!

Uno a uno nos lanzamos. ¡Nadie se lanza de cabeza! Un equipo entrenado, un equipo olímpico sin olimpiadas. Nos pusimos las máscaras. Nos dispersamos. Me sumergí a la visibilidad absoluta. Algas en la quilla, la pintura corroída, a la barca le faltaba mantenimiento. Removí arena como un lenguado, ¿cuánto tiempo podría contener la respiración? El récord de apnea estática es de veinticuatro minutos y tres segundos. Ni completé el minuto y punzadas en los oídos. Ascendí. Tomé aire y volví a hundirme. Me hizo señas para salir de nuevo a flote:

¿La viste?

La vi.

Pataleamos con cuidado a la barrera de coral, codazos de alegría. Estaba pisoteada, herida de anclas, mustia, ninguna vida. Un mar sin peces.

¡Fuera! ¡Fuera! El guía y el capitán agitaban los brazos. ¡Saaalgan!

Un buque se dirigía a toda velocidad hacia nuestro muelle. Tallada en madera, Medusa, mascarón de proa.

Braceamos y braceamos. Se me empañaron los lentes. Sudé en el agua. ¡Arriba! Si no llego a subir me convierto en piedra. Los niños, los últimos, pese a los gritos. Los izamos y sus padres nos agradecieron.

Bandera pirata y en letras doradas sobre el casco marrón: TU TESORO. Los pasajeros, collares de plástico de flores amarillas y

rosadas, bailaban y brindaban. La tripulación llevaba un parche negro en el ojo. Tres de ellos ayudaron a lanzar por la borda a una sirena. Cargaba una botella. La trenza rubia se desprendió, el pelo negro y corto, y se la amarró al cuello como una chalina. Ondeaban las piernas, plash, plash, y el fulgor de su cola de lentejuelas lastimaba los ojos. Abrió la botella. Explosión de papelitos de colores. Un cardumen la rodeó, anaranjado y goloso. Los pasajeros aplaudieron, sacaron fotos, una más, ¡otra vez! Repartieron tubos flotadores. Un anciano se sacó la ropa, escaló el borde, se lanzó de un panzazo, abrazó a la sirena y llamó a su mujer en el barco:

¡Sandra Inés! ¡Una foto con ella!

No aguanto más, dijo. No quiero viajar nunca más. No quiero ser turista. No quiero peces domesticados. No quiero gastar un dineral y pasarlo mal. No tengo que conocerlo todo.

Tenía razón, pero no se lo dije.

Comenzaron a saltar uno detrás del otro, en absoluta anarquía, sin asomarse a ver si caerían sobre alguien, sin guardar distancia, huyendo de un naufragio. Pateaban, caballos con pánico de ahogarse. La sirena forcejeó con el cierre de su traje antes de subir por la escalerilla. Cargaba la cola en el antebrazo. En el muslo derecho, una cicatriz profunda y gruesa, larga como un fémur.

Dios mío, dije, ¿qué te parece?

Hélice o tiburón.

El guía al capitán:

Hoy no tenían permiso.

El capitán:

Te pedí que llamaras. ¿Llamaste? No me la tenía que encontrar. Solo pedí una cosa.

Un silencio largo, interrumpido por el motor. Después, relámpagos. Nos emboscó la tormenta. A toda marcha partíamos el mar en dos. Gruesas gotas fustigaban la cubierta, bañaban los cortes de mango, una estela anaranjada se deslizaba a nuestros pies. Tiritábamos. En el regazo de sus padres, los niños recogieron las piernas, suspiros de labios morados. El protector solar iba cuarteando las caras, tramos de piel enrojecida, como la primera

capa de pintura en una pared gastada. Las máscaras de buceo, inclinándose contra la montaña de sandalias, igual de nubladas que el cielo.

Me preguntó cómo creía que se llamaba la sirena.

Tiene que ser importante, dije, para que borren tu nombre de un barco.

En la caleta, los pescadores fumaban bajo un toldo. Una lámpara de kerosene pendía sobre sus nucas. Jugaban a los naipes, a lanzar los tréboles al centro de una red medio mundo. Nos saludaron con una señal de cabeza. Enfundado en una bolsa transparente que lo protegía del chubasco, un perro perseguía con la mirada el destino de las cartas.

Pan tostado, huevos revueltos, jugo de sandía y café. Desayunamos mirando al morro. Una sola mesa había quedado a la intemperie, una laguna se iba secando en la madera. Llovió toda la noche. Y como los granos de arroz crudo del salero, absorbimos toda la humedad. Un gato se entregó a mis sandalias, lo acaricié con los pies. Blanco y redondo. ¿Cómo se llama? Coco. Qué buen nombre, tiene el nombre que merece. Leimos en silencio. Él, un ensayo para su curso de la universidad. Yo cargaba seiscientas páginas, solo puedo acometer tal cantidad en vacaciones.

¿Hoy qué toca?, dijo.

Cerré el libro, soy la líder del itinerario:

Propongo ir a la playa más bonita de toda la isla.

¿Cómo se va? ¿A cuánto está de aquí?

Caminando son dos horas. Una de subida y una de bajada.

Bueno, el día está lindo, vamos.

¿Trajiste las zapatillas buenas?

No.

¿No?

No.

Partimos con las ropas de baño debajo de los polos y los *shorts*. Cada uno en su mochila: toalla, botella y dos manzanas del

desayuno.

Cuesta arriba, la trocha de tierra rojiza, aire dulzón, a flor recién abierta, a vegetación lila y violeta, a madreselva.

Yo boqueaba. Sin aliento. Pese a sus clases de lunes a sábado, él hace deporte tres veces por semana. Tonificado, respira bien por esa nariz picuda. Lo que tenía en contra eran las zapatillas, con las suelas lisas, no se aferraban ni a la roca ni a la rama.

Nos detuvimos a beber de un riachuelo, escuchamos un ruido pesado, rumor de follaje, ¿de dónde provenía?

Una roca rodaba directa hacia nosotros, estampida de matorral y polvo.

Saltamos a la vez dentro del agua, se lastimó la rodilla; yo, el tobillo.

Cayó en medio del camino, se partió en cuatro, el centro negro, como si hubiera expuesto el corazón de basalto. Golpe seco y el eco del golpe.

Casi, dijo.

Casi.

¿Te imaginas si nos hubiera caído?

No lo imagines.

Cojeábamos ligeramente y dos chicas nos sobrepasaron. Bromeé:

Han hecho trampa. No las vimos antes.

Sí, dijo una. El pelo oscuro, corto. La reconocí. Restos de escarcha en los párpados y las patillas. Vestía pantalón largo de montaña, de esos que se transforman en bermudas o *shorts*. Se detuvo, sacó una botella de la mochila y bebió:

Tenemos un mapa que te muestra los atajos. Nos ahorramos más o menos media hora.

La otra nos mostró la pantalla:

Esta es la aplicación.

Gracias, dije, mejor sin atajos.

Y él:

Haremos el camino largo.

La sirena se alzó de hombros. Reanudaron la marcha, ella rengueaba apenas, igual que nosotros, y las vimos adentrarse en la próxima curva.

Avanzamos por un sendero de grava, estuco y cascajos de cerámica azul y blanca, con detalles de flores. Restos de otra vida, de la antigua cárcel, menaje y escombros. Un techo de hiedra y lianas, doblados, casi a oscuras y, en la sombra, el frío. Esquivamos telas de araña. De pronto, el aroma a selva cambió. Respiramos salitre. El mar. El mar te entra primero por la nariz.

Qué bueno, dije, me matan las piernas.

Falta poco, ya casi.

Enterrado junto a una roca gigante, un letrero de zona de seguridad en caso de tsunami. Y escrito a mano, con plumón azul:

SI VES LA OLA ACERCANDOSE

YA ES MUY TARDE PARA ESCAPAR

Bajar por la roca y resbalar a un zanjón de aguas embalsadas. Una frontera líquida anterior a la playa. Saqué las plantillas, las guardé en la mochila, no resistirían más. Te podías agarrar de una soga anudada a la base. Tú primero. Me quemé el trasero y la soga incendió mis palmas. Él la recogió, un pie detrás del otro, pequeños saltos, seguro y firme, sin perder el equilibrio, como algo natural, de todos los días.

Caímos a un río salado de escasa profundidad, pequeños crustáceos se alborotaban en la arenilla.

Nos quitamos las zapatillas y las medias.

¿Le tienes miedo al mar?, le pregunté.

Sonrió:

Siempre.

Yo también.

Alcanzamos el muelle, las tablas relucientes, barnizadas, los clavos lustrosos, las columnas sin algas ni liqúenes. Recién lo habían terminado de construir o reparar. Verde azul turquesa, las aguas corrían por debajo.

Dije:

Qué raro que no haya un faro.

Una línea de casitas, las fachadas blancas, contiguas, a la misma altura, los techos de calamina.

Dijo:

Es verdad. Quizás tuvo y ya no.

Levantadas en la orilla, sin cercos ni antejardín. Sin costras de salitre ni marcas de agua. No fueron tocadas por las olas jamás. Aquí no hay maremotos. Detrás de las casas se insinuaban palmeras cocoteras, el nacimiento de la espesura.

¿Esta es, entonces?

No, estamos a mitad de camino.

¿Quieres seguir? ¿Estás cansada? A mí todavía me duele la pierna.

A mí también. Quedémonos, no creo que haya otra más bonita.

Lancé la mochila y corrí como pude, la vida descalza, nos habíamos salvado, ¿de qué?, la sirena del muslo mordido, la barca de un solo nombre, la lluvia, el fin del mundo, la piedra, el corazón de basalto, chapoteé, peces entre mis piernas, hojas sueltas, los pies cálidos, semillas, ardor, claridad, un instante para entender por qué el mar lo cura todo:

¡Ven!

Me miraba. Se quitó la ropa. Recogió mi mochila, las zapatillas, juntó nuestras cosas. Lo primero que conocí de él fue su espalda, recostada contra un mostrador. Pensé: en esa espalda provoca apoyarse. En la cima de un montoncito abombado, secándose al sol, estiró nuestras medias.

Vino a mí, con el regalo de su boca.

En el muelle, tres niños corrían, carcajadas, una niña los perseguía. Saltaron con un grito y nadaron a una columna.

A esto he venido, dijo. Y sin soltarme: ¿Crees que esta playa salvará nuestro matrimonio?

¿Somos un matrimonio? Su barbilla me raspaba y la sal, quería que me raspe. Las comisuras inflamadas. Un olor diferente en su pelo y en su boca.

Volvimos abrazados a la orilla.

Dijo:

Muero de hambre.

Esto quería yo, dije.

¿Qué?

Una isla dentro de una isla.

Una de las casas alquilaba tablas y vendía pescado a la parrilla. El dueño prometió que si pedíamos dos platos nos daría una tabla, yo la hice, es de mis nietos. Mientras avivaba las brasas:

Se le rompió la aleta, pero funciona bien.

Le pregunté si la isla tuvo un faro.

Tuvo y también un farero, pero quién sabe qué pasó con ellos. Nos entregó la tabla:

Vayan, vayan. Se quedaron, se las presto.

Remamos boca abajo, flotar y abandono.

Corretean y sus risas deambulan, se inventan apodos graciosos y fingen ofenderse. Agitan las manos para saludarnos. Se lanzan uno detrás del otro, mitad niños, mitad peces.

Apoyamos los mentones en la tabla, las piernas ingrávidas, letargo y vaivén.

Por un instante todo está inmóvil.

Se estremecen las palmas, la costa sisea, los rayos se columpian en el fondo del cielo. Cuando la sombra baña una casa, la casa de al lado se ilumina. La sorpresa del sol.

Para esto vinimos.

CAMALOTES

De pie en la garita de control, Silvia nos esperaba. Carga una mochila y una bolsa con víveres:

Creí que no venían.

Nos perdimos. Estuvimos veinte minutos dando vueltas.

Y Patricia:

Uy, ¡qué idiota!, olvidé el agua.

Yo:

¿Cómo con cuatro hijos Silvia nunca se olvida de nada?

No puedo darme ese lujo, amiga, repaso cada cosa mil veces, pero no por cuidadosa, es ansiedad.

Patricia:

Es así, chicas, yo tengo dos más grandes y solo quiero olvidarme de todo. ¿Me esperan que voy por agua? Nos encargó su maletín y la vimos desaparecer en las gradas del puente.

¿Cómo estás?, me preguntó Silvia.

Bien, agotada.

Yo también ando bien agotada. ¿Trajiste el vino?

Claro, y una olla y un cuchillo.

Mejor, una vez que nos cruzan, chau mundo, no hay nada.

Estuvo antes con su actual marido y antes con su exesposo y fue su idea venir.

¿Estás segura de querer cocinar?

Es el precio que debo pagar por no tener hijos, contesté.

ja. Yo me estoy matando por no fumar. Sé que aquí no tendré dónde comprarlos. Nacieron los mellizos y solo comí y fumé.

Yo haría lo mismo.

Volvió Patricia mostrándonos las dos botellas, con un gesto en la cara de estar cargando galoneras.

A nuestra atleta le falta el aire, dije.

Te corro todo lo que tú quieras, pero no te subo puentes.

Patricia empezó a correr tres veces por semana. En la escuela de sus hijos sortearían dos pasajes aéreos entre los participantes a una maratón. Se pasa todo el santo día repartiendo zapatillas en su camioneta, un negocio que heredó de su padre. Lo recibió en quiebra. Estudió las colecciones internacionales y las temporadas, diseñó sus propios modelos, eligió los materiales, buscó una fábrica que le hiciera los moldes, revisó las hechuras, las mandó a hacer en todas las tallas -de la 34 a la 44- y las repartió a consignación. En cada plantilla, su nueva marca: D.O.S. P.A.S.O.S.

Nosotras también vendemos. Pero si algo tenemos en común es que somos precavidas y complacientes y adelantarnos al deseo de los demás nos da asco.

Nos conocimos a los diecinueve en una empresa de telefonía. Pasábamos las llamadas por cobrar. El primer trabajo de las tres. Turno de noche. Los que más timbraban eran los presos. Si les respondía un hombre, le colgaban de inmediato. A varios los teníamos identificados. Nos daban nombres falsos y nosotras a ellos. En muy pocas ocasiones pedían por un pariente. Querían hablar y ser escuchados. Desahogarse. A la tercera advertencia, chau. Insistían: Cuando salga te visito primero, antes que a mi madrecita, te lo juro por lo más sagrado que yo tengo, cuando salga te llevo flores y nos vamos a pasear. Una noche vi a Silvia asentir y asentir:

Ajá. Te escucho. Sigue. Ajá.

Las piernas cruzadas sobre el escritorio, la mano en el cerquillo, se cambiaba de oreja el auricular, lo reclinaba contra su hombro. Solo estábamos nosotras. Le susurré a Patricia:

Le está tomando el gusto.

Nos hizo señas, nos acercamos en silencio. Puso el auricular boca arriba y escuchamos:

Rápido. Rápido.

Seria, tomó aire. Y en un punto le creímos. Ramón le agradeció.

¿Por qué lo hiciste?, le pregunté.

Se llevó la mano a la sien:

¿Pero ustedes lo escucharon? Con esa voz no necesitaba verlo.

El río transcurría marrón, revuelto, oxidado. A la vez, observándolo en silencio, recuperaba su peculiaridad: lo atacaban resplandores, una intermitencia de tímidos soles que se posaban y olvidaban que lo hacían.

Decenas de embarcaciones ancladas a ambos lados de la ribera y hasta la más pequeña, lujosa. Señalé un catamarán:

Ahí hay un millón.

Mínimo, dijo Silvia.

Patricia:

¿Cómo alguien puede tener tanto dinero?, ¿en qué trabaja esta gente? Y se respondió: Jodiendo a otro, no se me ocurre cómo si no.

En el muelle esperaba un señor con un maletín al hombro. ¿Será aquí?, nos preguntamos y él:

Aquí es.

Al rato, una lancha a motor llamada BUENAS TARDES nos recogió. Gran nombre, coincidimos, necio en su franja horaria; leerlo de mañana, como ahora, encantador. Breves pero rápidas olas amenazaban a los remeros que nos circundaban. Obligados a detenerse, evadían el coletazo dejándose mecer. Bajamos en otro muelle desde el que se anunciaba la hilera de casas flotantes.

¡Esa es, esa!, indicó Silvia.

Ni Patricia ni yo habíamos visto algo parecido.

Tomamos un bote que nos cruzó ochenta metros al canal de enfrente. Reservamos la casa en enero: estábamos en abril. Un buen descuento por pago anticipado, de otro modo, ¿cómo darnos este capricho?

Medía unos cincuenta metros, con un dormitorio adicional en la terraza del segundo piso. A la entrada, junto a dos sillas de mimbre,

nos recibió un jacuzzi.

Como el río no es apto para bañarse…, dijo Patricia, oliendo las sales y revisando las toallas.

Silvia trajo de la cocina una botella de vino:

De parte del dueño, qué amable.

La botella, en una bolsa con cubos de hielo plastificados, sobre una bandeja con estrellas y escarcha dorada y plateada, restos de la Navidad, supongo. De la misma marca que nosotras habíamos llevado; barato, pero no deja resaca.

Uy, dijo, ¿sienten que se mueve?

Patricia:

Se mueve todo.

La única vez que viajé en un crucero, ese que me gané, siguió Silvia, el barco se movió toda la noche durante una tormenta. Creo que fui la única de mi grupo que no durmió. Después estuve tres meses con vértigo.

¿Tres meses, tres semanas o tres días?, pregunté.

Tres meses, caramba, y hasta tiene nombre: mal del mar.

Patricia:

Por favor que no me dé, con las justas tengo algo de equilibrio.

Alrededor de la cama matrimonial fosforescía un borde de luces led azules y en la mesa de noche, una falsa claqueta de película: ¡VIVE! ¡SIENTE! ¡AMA!

Silvia lo señaló:

Nos están dando órdenes, amigas.

Sacamos los alfajores, las galletas y servimos las copas. Nos quedaríamos una noche, llevamos comida para una semana.

Abrimos la puerta al segundo piso y subimos. Encontramos dos reposeras y una silla con un cojín en el asiento. Espiamos la habitación —no tenía baño—y, aunque todavía hacía calor, Patricia sacó unas mantas. Yo quería una de las reposeras, pero elegí la silla. De inmediato noté que al cojín le faltaba relleno y busqué una postura más cómoda.

Más linda, deja lo mejor para las madres, dijo Silvia, recostándose.

Sonreímos. Picoteamos. Brindamos:

Por darnos este espacio, por nosotras.

Qué suerte tenemos.

Ustedes son mi familia.

Veíamos los tanques de agua, los cables enredados, los tachos de basura y las terrazas contiguas; estábamos entre dos casas musicales: de una nos llegaba rock y de la otra, cumbia. Sin embargo, no se podían unir a pie, solo en una embarcación, a través del río.

Silvia:

Necesito dormir acá arriba, por favor, quiero abrir los brazos y las piernas y tener toda la cama para mí.

Se estiró en la reposera y se golpeó la cadera y se sobó. Cuando nacieron los mellizos, ocho años después de sus hijas de trece y doce, debió expandirse. Se mandó a hacer una cama para acurrucarse los seis y se compró un auto con una fila adicional de asientos, un auto transformado y con un permiso especial de circulación. En una borrachera nos confesó que no le gustaba quedarse sola ni un minuto. La entiendo. Las adolescentes se irán en unos años, en cambio, dos bebés de la misma edad son larga demanda, ocupación, mucha vida.

Bueno, dije, tendré que dormir contigo. Y le di un empujoncito a Patricia: Ojalá no ronques.

No, para nada. Solo pateo. Oye, a todo esto, no sabes lo mal que me hizo ir a tu casa el otro día.

Cuando viene por mi barrio conversamos en su camioneta, rodeadas de cajas de zapatillas, antes de que parta de nuevo. Suele almorzar plátanos que carga en el tablero, me dice:

Cada vez soy más chimpancé, que me estudie Darwin, amiga.

El viernes pasado le cancelaron una compra y subió a mi departamento. No entraba hacía dos años. Me dijo que vio esa misma mañana a sus hijos cuchichear detrás de las sillas del

comedor y cuando les preguntó a qué estaban jugando respondieron: Al *huerfanato.*

¿Qué te pasó en mi casa? ¿Por qué te hizo mal?

Me puse a llorar manejando de regreso… Silvia y yo apoyamos nuestras copas en el piso.

Por cómo tienes tus libros, continuó, todos ordenados.

Pero si no tengo muchos.

Solo les compro libros a mis hijos. A la chiquita le gustan, él los detesta. Pero yo les leo a los dos casi todas las noches. Y yo amaba leer, yo quería estudiar letras y no pude.

Comienza por un estante, dije. No te presiones tanto.

Pero ¿saben que ayer por fin pude correr diez kilómetros seguidos, sin parar ni una sola vez?

Bravo, amiga.

Te felicito. No sé de dónde sacas tanta fuerza.

Cuando comencé a correr, solo podía hacer dos por día.

Silvia:

Yo hace años que no corro, ya no sé qué es correr, desde que me engordé me matan las rodillas.

Camina, mejor. ¿Sigues con la caminadora en la sala?, pregunté.

Sí, es mi hora feliz. Negocié tres veces por semana. Mientras camino me veo la serie de la familia gitana, ya voy en la segunda temporada. ¿Y saben qué le dije a Mariano?

Yo:

¿Qué?

Silvia:

Escúchame bien, solo me pueden interrumpir si alguno se está muriendo. Una vez se llevó a nebulizar a los mellizos y no me avisó.

Patricia:

Pobre. Es que pasa eso. Salir a correr me da algo que es solo mío.

Silvia recuperó su copa:

Obvio, amiga, aunque no te ganes los pasajes.

Sí, es solo un sorteo, chicas, aunque no me salgan los viajes, esto es para mí. La cabeza me dice que pare, que ya no aguanto más, que voy a desfallecer, pero le ordeno seguir. Casi que se corre con la cabeza, no con las piernas.

Alcé mi copa:

Brindo por las que hacen deporte por mí.

Parejas en canoa, familias en lanchas a motor y solitarios en kayak nos bordeaban, las más mínimas ondas nos remecían, la estructura amarrada con sogas a cuatro pilares. Silvia se aferraba a los brazos de la reposera; Patricia a su copa, con ambas manos.

Nos miraban y algunos nos saludaban; los más chicos, sobre todo.

Patricia:

Se pegan a nosotras para evitar el viento a esta hora.

Yo:

Me alegra que no estemos en el jacuzzi, pasan tan cerca, es como si te vieran en la ducha.

Silvia:

Mal del río nos va a dar. Río del mal.

Patricia se levantó y nos puso las mantas y las moldeó contra nuestros cuerpos:

Ay, mis queridas fardos, cómo las quiero.

Yo:

No tengo frío. A veces no soporto a nadie muy maternal, ni siquiera a mí misma.

Se alzó de hombros:

Sácatela y listo.

Me la quité.

¿Pudiste resolver lo de tu DNI?, me preguntó.

No. Sigue diciendo divorciada.

¿Lo extrañas?

Como aun muerto.

Silvia:

En el de mi mamá sale viuda.

Yo:

Es tremendo, aunque estés de nuevo soltera serás divorciada o viuda para siempre. Y les pregunté si tenían hambre. Dijeron que estaban llenas pero que siempre tenían lugar para mi comida. Recogimos las cosas y bajamos agarradas de la baranda.

Silvia:

En una de estas me voy a caer.

Dije:

Yo me encargo de que en el dni de Mariano pongan viudo.

Para siempre o nada, eh. Pero mejor anda tú primero.

Mira cómo paso, sonsa, y le di la mano para ayudarla con el último escalón, un poco más alto.

Mientras descorchaban el segundo vino, piqué la cebolla china, el ajo y el pollo -usé mi propio cuchillo; en las casas de alquiler, ¿quién se encarga de afilar?-, batí los huevos.

Sil, me había olvidado, ¿cómo sigue Felipe?, preguntó Patricia.

Ya salió de cuidados intensivos. Costó una fortuna.

¿Qué tenía?

Le faltaba vitamina D.

Si nos falta a nosotras, dije, ¿cómo no a él?

Acomodé los pocillos en fila en la mesada, cerca de la única hornilla. Preparé lo más parecido a un arroz salteado sin saltear, no había sartén. Lo serví en los platos que encontré, con motivos de fiesta infantil.

Riquísimo, amiga.

Yo:

Qué bueno que traje mi olla. La de aquí tenía una tapa de otro juego, no cerraba bien.

Silvia, mirando el borde de guacamayos con alas rosadas y fucsias de su plato:

Alguien que me explique el exquisito gusto de los ricos. O la tacañería.

Patricia:

Es un misterio. Y otro es: no sé cómo cocinas tan rápido.

Yo:

Por costumbre. Tengo todo listo y porcionado antes de comenzar, es más fácil.

Patricia, un suspiro:

Ojalá la vida pudiera presentarse así en platitos. Que una pudiera ver cada cosa lista para ocurrir y decidir si usarla o no.

Silvia:

Ajá, yo necesito seis de esos.

Patricia:

Además, ya lavó todo.

Yo:

Claro, se lava y se cocina al mismo tiempo. Al revés, quiero decir.

Patricia:

Habló la divorciada, vendedora estrella de sartenes.

Categoría platino, ingratas.

Yo antes vendía casas, duré un mes. El problema son los dueños. Se quieren quedar a mostrar la propiedad para *ayudarte a terminar de convencer*. Ante la pregunta: ¿Y por qué quiere venderla?, en lugar de responder: Porque toda la vida soñé con irme a vivir a Buzios, le dicen: La cocina mide igual que el área de la farmacia donde te ponen los inyectables. Por eso yo vendo baterías de cocina. Siempre responden, pero nunca hablan.

Repetimos dos platos cada una y, apenas terminamos, nos lanzamos a la cama y encendimos la tele. Pasamos por cien películas, pero ninguna nos interesaba. Silvia la dejó encendida en el capítulo de estreno de la serie de la familia gitana: «SU MADRE INTENTA PERSUADIRLA PARA QUE DEJE LOS ESTUDIOS».

Por Dios, dije.

La historia de mi vida, dijo Patricia, pero en mi caso debo cambiarlo por: «Su padre».

Mis amigas pestañeaban, bostezaban, se volvían a desperezan Ni modo. Vamos a dormir.

Silvia se lavaba los dientes cuando nos llamó. Con la boca llena de espuma:

¿Cómo va a tener un letrero que dice ¡SUELTA! encima del inodoro?

Nos matamos de risa.

Al cepillarme, gotas de sangre mancharon el lavabo y se fueron con el agua. Les dije que tenía una encía que estaba retrocediendo, sentía cómo se llenaba de frío.

Patricia miró dentro de mi boca:

No es tan grave. Es la edad. Mejor que se caigan las encías a las tetas.

Ya se cayeron, dije.

Silvia se agarró las suyas:

Cuando era chica llegué a besármelas en una fiesta. ¿Te acuerdas? Me las aplasté horrible, pero gané la apuesta.

Patricia:

Si ahora me las aplasto así, prrrr prrrr, sale una mamografía.

Más risas.

Nos pusimos los pijamas. Acompañamos a Silvia a su habitación en el segundo piso, carajo, no se ve nada, no me quiero caer. Con medias, pero sin zapatos. Apuntábamos los escalones con las linternas del celular. El pasamanos resbaladizo. Como garuado. Pisen bien. Silvia señaló el agua oscura:

¡¿Qué es eso verde?! Me muero, ¿un cocodrilo?

Dirigimos la luz.

¿Cómo se te ocurre?, dijo Patricia, no grites que la gente duerme. Son camalotes.

Pero tiene ojos. Fulgores amarillos parpadeaban hacia nosotras.

Es un sapo en un camalote, dije. O una rana.

Silvia:

Jamás podría vivir acá.

Patricia:

Creí que te encantaba.

Silvia:

Para una noche.

Yo:

Pero tienes una tortuga.

Silvia:

¡Felipe es de interior!

Lo obtuvo al separarse, como a las hijas. Cuando ellas se vayan y los mellizos se afeiten, Felipe todavía será un adolescente. Y ella nunca jamás se quedará sola. Aunque su último adolescente tenga espalda de fósil, vivirá más que todos nosotros, más que ella misma, hasta los ochenta o ciento veinte. Sus bisnietos lo podrían llegar a recibir como parte de la herencia, bueno, si logra estacionarlo bajo la ventana a que tome sol.

Abrió la puerta de su cuarto, sacudió las sábanas y se echó boca arriba con las piernas y los brazos abiertos:

Voy a responder unos mensajes y a roncar, hasta mañana.

Bajamos con Patricia:

Amiga, tengo que contarte algo, me acabo de ver en el baño. Piojos. Y eso que los llevé a la peluquería que me dijo Sil.

Yo:

Ni hablar duermo contigo. La última vez que tuve fue de grande y sacármelos casi me deja calva.

Hagamos algo, duermo con la cabeza hacia allá y tú hacia acá.

Mejor.

Apagué las luces y nos echamos. Su cabeza hacia el río. Los pies, a la altura de mi nariz. Le dije:

Puedo soportar que apesten, pero me pateas y te mato.

Te pido perdón desde ya. No, idiota, ¿cómo te voy a patear?

La gente hace cualquier cosa dormida.

¿Sientes cómo se mueve todo?, dijo, no deja de moverse. Y eso que no tiene motor.

¿Cómo se le ocurre a alguien que esto es una buena idea?

¿Esto qué?

Venir hasta acá para tener una casa en el río y que esté pegada a otras, que veas los cables, los basureros, escuches su música, huelas sus cigarros y los mires y te miren todo el tiempo.

Y que para llegar y para salir tengan que llevarte. Y que no te puedas bañar porque está contaminado.

Eso mismo, dije. Estar rodeado, atrapado y aislado a la vez. ¿Cómo puede ser una buena idea?

Es una pésima idea. Escapamos, pero seguimos en la ciudad.

Qué pesadilla.

Sí.

Bueno, durmamos que es tarde.

Basta de órdenes.

La escuché respirar hondo.

En la madrugada, una patada en la boca me despertó:

¡Patricia!

Ay, amiga. Creí que era una pesadilla, pero era un recuerdo.

Se sentó. Luz de luna se filtraba por un resquicio, alumbraba nuestras piernas. La tarima rechinó. Me agarré el labio.

¿Duele?

No, pero me bajaste la encía un piso más.

Mala. Recordé que así dormía con mi papá. Él allá y yo, acá.

¿Cuándo?

Cuando mi mamá lo botó de su cuarto porque estaba con otra. Y se vino a dormir conmigo.

¿No había sofá en la sala?

En el sofá dormía el perro y él no quería oler a perro. Me acordé de que algunas noches mi papá venía a la cama y se movía dormido.

¿Cómo que se movía?

No podía verlo, pero se movía y yo lo escuchaba: Estela, Estela. El nombre de ella.

No.

Se estaba masturbando, ¿entiendes?, conmigo al lado. Recién me doy cuenta.

Se le llenaron los ojos de lágrimas:

Tantos años de llorar a ese idiota para que ahora recuerde esto. Qué locura.

¿Qué edad tenías?

Doce.

¿Tu mamá lo sabe?

No. Nadie. Tú. Se lo voy a contar a Sil después. No le digas.

No, claro que no. Ven, le dije. La abracé.

No se me ocurriría hacerle algo así a mis hijos. Nunca.

Lo sé.

El otro día que jugaban al huerfanato pensé que los niños siempre hacen que sus muñecos pasen por lo mismo que ellos. ¿Qué les está pasando?

Tal vez solo jugaban y ya.

¿Y si no me doy cuenta?

Nos quedamos calladas. Al rato le dije:

Duerme a mi lado. Contágiame. Que se me trepen todos tus bichos, no me importa.

Fui la primera en despertar. A las siete. Para mí los sábados son como los viernes, me levanto temprano igual. Patricia dormía boca abajo, el pelo despatarrado. Un pie desnudo colgaba afuera de la cama, como los niños, había perdido una media durante el sueño. Me tentó tapárselo otra vez, pero el pie que busca quedarse afuera debe quedarse afuera.

El segundo piso, un silencio acuático.

Abrazada al cojín, Silvia dormiría de lado, la cama matrimonial toda para ella. No se sentiría sola, a ocho escalones de nosotras. Cuando se levantara y corriera la cortina, disfrutaría de la visión panorámica de las embarcaciones, los árboles, la ribera y los cables. Armé mi bolso sin hacer ruido, recogí mi ropa, los restos de comida, mi cepillo de dientes, la olla, el cuchillo. No quería olvidar nada: ellas y mis cosas son lo imprescindible. El dueño llegaría a las diez, mejor que estuviera casi todo listo. Si hubiera encontrado una sartén les preparaba el desayuno. Tostadas y huevos revueltos. El secreto para que salgan húmedos está en dorarlos con mantequilla, removerlos en la mesada, devolverlos al fuego y sacarlos de nuevo. ¿Cómo un

hombre que nunca tuvo tiempo para cocinar me enseñó la mejor receta? Esta combinación de calor y frío te hace tardar mucho, pero es el cielo. Por mí, las dejaba dormir todo el día, un día entero.

Salí de la sala-habitación-cocina cerrando la puerta corrediza.

El silbido de las cuerdas contra los maderos, la casa flotante, un camalote que viajaba sin moverse de su sitio. Uno es hallazgo, varios son plaga. El mimbre, humedecido y tieso, se quejó cuando me senté. A mi lado, una araña negra se resbalaba una y otra vez a la boca del desagüe. Tomé una de las toallas, le tendí la punta y logré sacarla del jacuzzi. Se camufló entre las tablas.

En el canal de enfrente un barco de la prefectura arrancaba un árbol de raíz. El leñador se había amarrado al tronco con su sierra eléctrica. Dos lanchas de recolección montaban guardia, parecían cáscaras de naranjas en almíbar. Les gritaba: Retrocedan, muévanse. El árbol se arqueaba sobre el agua, como una caña de pescar cuya carnada acaba de ser mordida. El viento y las corrientes lo habían mecido y, en cada oscilación, desde que fue plantado o su carozo traído por azar, inoculado a la tierra, ya se anunciaba su muerte. Las raíces expuestas, como una encía que ha retrocedido. Para eso, solo cirugía, me había dicho el dentista, pero es demasiado cruel para ganar apenas unos cuantos milímetros de carne. La copa se sumergió de un portazo, con el ruido feliz de la primera zambullida del verano y, cuando la nave grúa intentó sacarla, chorreó y volvió a hundirse. Tenía un peso, no era hueco. Maniobraban nave, grúa y leñador, y el árbol suspendido tercamente, mirando el agua.

Un hombre llegó en un bote de un solo remo, fumaba. Un bote pintado de mi color favorito, verde olivo, para un solo pasajero, sus bultos y tal vez un perro pequeño. Unos sesenta años, ¿sesenta y cinco? Bronceado, delgado, camisa azul de manga corta y jean con agujeros en las rodillas. Me sonrió con los dientes completos:

Buen día, ¿cómo estamos? ¿Puedo abordar? Necesito comenzar a limpiar para el otro ingreso.

Falta media hora, respondí.

¿Media hora? ¿Qué hora es? Miró en su muñeca un reloj imaginario. Yo acordé con Silvana.

Silvia.

Ella.

Todavía no se han levantado, estamos en nuestro tiempo.

Dio una pitada, apuntó con el cigarro:

Ese árbol está malnacido.

Y mientras soltaba el humo lanzó el pucho a la corriente; la chispa anaranjada se deslizó hacia la casa de al lado y se apagó.

¿Puedes darme un rato que las despierto y se alistan?

Si cae por su cuenta alzará el terreno o peor.

¿Veinte minutos?

Tumbará un barco. O peor.

¿Vuelves en veinte?

Yo le quiero dejar esto a mi hijo, ¿sabes? Cada semana son tres maderas que se me pudren que tengo que cambiar. Tomó la soga y ató su bote. El nudo desprolijo, bucle infantil y torpe, cualquier onda lo mandaría de vuelta al veril. Hasta yo podría inventar un nudo marinero.

Siguió:

Viene una parejita, necesito limpiar. Alzó el remo con las dos manos y lo acostó a mis pies:

Ni un minuto tengo.

No sé cómo fui veloz. Lo pateé con todas mis fuerzas y cayó al agua. Se secó la camisa con el puño, al nivel del último botón, del ombligo:

Maldita sea.

El remo entre nosotros, entre el bote y la casa, apuntándonos, como un trozo del árbol terco.

Se fue agachando, temblor de brazos, los botones a punto de estallar, las rodillas coloradas, la embarcación rodeada de ondas, perdería el equilibrio en cualquier momento. Hasta que desapareció bajo las tablas, también su voz:

Está bien, está bien, las espero.

UN NIÑO

Nadie lo rodeaba, ni lo observaba de cerca o de lejos, lo vigilaba desde una toalla, nadie para gritarle te me quedas en la orilla o para felicitarle las torres.

Arrodillado, hacía un castillo en la arena y la sombra de su cuerpo lo cubría como una enorme nube. Cavaba sin alzar la vista ni distraerse.

Solo él lo miraba. Si a la vuelta sigue solo, le hablaré.

Acomodó la esponja alrededor de su cuello, alineó por quinta o sexta vez los chicles y los cigarros, el peso de la caja en equilibrio, y avanzó repasando los cientos de huellas, de marcha y contramarcha, de ruedas de bicicleta y triciclos que el día iba imprimiendo en la playa. El primer año y medio se protegió las manos: sus guantes acabaron secos, tiesos y con los dedos separados de una estrella de mar.

Un zapato de bebé colgaba junto a la tira del encendedor, se balanceaba al vaivén de sus pasos. «Mi rompehielo», lo llamaba. Negro, ahora blanco; del pie izquierdo. Lo había desenterrado el año pasado, como antes recogió chapitas de cerveza por la ilusión de que fueran monedas. Y aunque no era padre, decidió amarrarlo a la caja, a ver qué pasaba. Pasó que le preguntaban si era de su hijo chico:

¿Cuántos años tiene tu niño?

Niña es. Ahora mismo, cuatro.

Obligados a retroceder por la marea, los veraneantes recogían sus cosas y apuntaban sus sillas al oeste. Esperaban la puesta de sol. Adelantó los cigarros a la primera fila, los sueltos y las cajetillas

abiertas, y esquivó a quienes, como si lo vieran por última vez, fotografiaban el atardecer con el celular.

La cresta de una ola azul transparentó piernas, torsos, gritos -revolcón de espuma y risa-, las gaviotas enfilaron hacia el cardumen dorado, los cangrejos corretearon pisadas ciegas. Año tras año había visto de todo y todo podía ocurrir en un mismo día: el viejo que visitó por primera vez el mar y, de tanto llorar, enceguecido, y el corredor que, sin distinguir la soguilla que amarraba el bote en la desembocadura, casi partido a la mitad quedó.

Vio al niño.

Las piernas contra el pecho, paleaba arena con las dos manos, engrosaba las paredes, con los caracoles vacíos coronaba las murallas, los ojos al ras del muro. Seguía solo.

Le dio media vuelta a la esponja en su cuello, del lado más suave, balanceó la carga y se le acercó despacio:

Buenas.

El niño alzó los ojos:

Hola. Y volvió a llenarse las manos de arena húmeda.

¿Estás solito?

No.

¿Con quién has venido?

Con mi abuelo.

¿Dónde está?

Allá.

¿Dónde allá?

Señaló la orilla, la barca, el horizonte. Decidió no molestarlo y silencioso, le presentó la caja. El niño:

No, gracias. No fumo.

Se rio de buena gana:

Te digo de los chicles, acá están, ve. Hay de fresa, de uva, de mora. Yo te invito, no tienes que pagar nada.

No, no me dejan.

¿Por qué no?

Porque me van a salir caries.

Ah. ¿Sabes? Yo creo que estás perdido. Hace rato que te veo aquí solito, sin adulto.

No, no me he perdido.

Tu abuelo, ¿dónde está?

Allá, dijo otra vez. Era un *allá* muy vasto.

El niño siguió:

¿Es de tu hijo?, señaló el zapatito pendiendo de la caja.

Sí.

¿Cuántos años tiene?

¿Ahora mismo? Cinco.

¿Cómo se llama?

Garlitos.

Yo me llamo Pablo. ¿Y tú?

Jota Jota.

Es un nombre raro.

Sí, pero mira. El niño le hizo caso: las suelas de las sandalias encintadas a los tobillos, los tobillos gruesos, curtidos de sol y sal, los pies descalzos.

Yo ya no me quemo. Ojota, Ojota, me decían, y con el tiempo fui perdiendo la O. Conozco esta playa desde que tenía tu edad. Si necesitas algo, me dices.

Pablo asintió.

Dejó un paquete de chicles a su alcance. El rojo es el color favorito de la infancia y la fresa, su sabor. Le dio una última mirada, escarbaba el túnel, encorvado, una pierna adentro y otra afuera.

Vendió tres mentolados y dos chicles, también de menta, jota Jota, aquí, un puchito, un chiclecito, hermano, y llegó la hora de cerrar sombrillas, plegar reposeras, sacudir los restos de cerveza -su espuma tibia de ola chiquita, ola de vaso-, una fila de carros retrocedió, algunos se equivocaron y tardaron en recuperar la ruta. Las luces de los postes parpadearon y los faros delanteros.

Lo vio sentado por fin al centro de su castillo. Coronado rey, hasta que el agua; las rodillas salpicadas de arena oscura, la sonrisa dedicada, triunfal, toda para sí.

Una señora se le acercó y pudo escuchar:

Niñito, ¿estás perdido?

No, no estoy perdido.

¿Quién te está cuidando?

Él.

Y de todas las personas del mundo me señaló a mí. A mí, ¿pueden creer? Dios y los truenos y las nubes saben bien que no soy padre ni quiero. Esto me pasa por mentiroso. Con la caja bien sostenida, la camisa me fui planchando, saqué pecho.

¿Es tu papá?, preguntó la señora, barriéndome de los ojos a los pies.

Sí, dijo el niño.

No se parece…

Y extendió la mano:

A ver, ven conmigo.

No.

Hundió sus pies en el charquito que prometía secarse.

No.

Lo forzó del brazo, lo hizo patear muros, desmoronar torres, los caracoles se incrustaron en la arena, lo arrastró a su lado. Los seguí, solamente pisé las huellas del niño, de tan livianas, apenas pisadas se me iban a borrar.

Ella, con su ropa de baño negra, un lazo adelante y otro atrás, se bamboleaba, orgullosa de su pesca:

¿Alguien lo conoce?

Los que embalaban sus trastos los miraban y aplaudían. Aplausos por un niño perdido. Y algún que otro curioso se les acercaba abriendo mucho los ojos, así te despiertas al horror de haber perdido un hijo. Palmas y más palmas. Los más grandes y los más altos, sin moverse, lelos, por alivio de no ser él. Y como nadie lo reclamaba, es mío, es mío, ya lo llevaba adonde el salvavidas a darle parte. El Percy conversaba con un pescador, la boya al hombro, la cara tapada, y no los vio venir. No escuchó los aplausos que todavía lejanos, rumoreaban como olas de tarde, recién te pegan cerquita.

Las pulseras de la señora subían y bajaban, le raspaban las muñecas, el niño seguro me escuchaba, hacía ademán de girar. Y ella:

Avanza, apura.

¡Déjame!, con voz de hombre, le cacheteó la mano. A toda velocidad, pasó a mi lado sin verme, me desconoció. La señora, estancada y muda. Cerré la caja, la apreté contra mis costillas, corrí con toda mi alma.

Pablo brincó por sobre los restos de las murallas y se guareció al centro de su castillo. Con la frente arrugada, las piernas y los brazos cruzados, sentado en su trono de arena parecía más viejo, un niñobuelo.

Le dio alcance, la quemazón en el cuello, el flotador desencajado, las tiras del zapatito y del encendedor, enredadas, sudor en las axilas, en el pecho, los pulmones vaciados. Detrás suyo centellaba una estela de chicles, no le importó nada. Una gaviota se lanzó al más colorido y se arrepintió en el aire.

Pablo descruzó los brazos:

Mi abuelo soy yo.

¿Cómo? ¿Qué dices?

Vine solo y no estoy perdido.

¿Sabes volver?

Sí.

¿Por qué te fuiste?

Me trata mal.

¿Quién?

No apuntó a nadie. Ni a la orilla, ni a los carros, ni al cielo, ni a las escaleras a la ciudad, amarillas, siempre amarillas.

Hasta formarse la duna; bien cerrada y a la vista, apoyó la caja. Se remangó:

Tenemos mucho trabajo, haremos las murallas, el túnel, el puente, quedará como nuevo.

Cavó, las manos de volquete, cavó y piedrecitas de vidrio esmeralda y caracoles con arañas huésped, cavó.

Quiero irme, dijo al fin el niño.

¿A dónde?

No hubo respuesta.

¿A dónde te quieres ir?

Se levantó. Lo vi meterse al agua. Repasé sus huellas, tan ligeras. Apenas las pisé comenzaron a borrarse.

TAL COMO ESTÁ

La Navidad cae a la vereda desde el quinto piso, la manzana brota del culo del pavo.

El celular nuevo -que pagarás en treinta y seis cuotas- estrellado contra la pista, justo antes de cruzarla, el semáforo todavía en verde, para los autos.

La foto de tu matrimonio, tomada en un estudio, a la mitad. El hermoso cuerpo de ella recortado en decenas de pedacitos que masticas y tragas atorándote de risa.

No importa a qué precio, como una herida de electrocución que arranca en la cabeza y corre hasta el pie, debe abrirse paso, encontrar su desfogue. Hasta reventar y salpicar todo.

Pregúntenme lo que quieran. Yo inventé la ira.

Verán, Paco y yo nos hicimos amigos compitiendo. Estudiábamos Derecho y aquí debo culpar a las series de abogados, con estrado y jurado, lo encontramos culpable por unanimidad y todo eso. Tarde nos enteramos: en el Perú no hubo, no hay, ni habrá jurados. Tu suerte la decide el dinero. O su ausencia. ¿Hay cárceles mejores que otras? No. Nunca. Pero te irá mejor si puedes pagar las atenciones de la policía y de los presos. Uno crece, ve toda esa mierda, se adentra en el sistema de injusticias y cambia. Yo no acepto plata ni la pido. El periodista más mediocre lo sabe: ¿Quieres saber cómo se hicieron las cosas? Sigue la ruta del dinero. En mis veinte años de profesional lo aprendí: puedes no ver, puedes no oler, puedes no tocar, pero tienes que escuchar. Yo me reviso más los tímpanos que

la próstata. Nunca supe de alguien que haya tenido cáncer de oído o infarto coclear, pero en mi oficio si no escuchas estás muerto.

En las clases de la universidad, los profesores se aburrían de los silencios.

Se acostumbraron a llamarnos a Paco y a mí. A la vez. ¿Cuál es la respuesta? ¡Dígala! Nos hacían participar en recreaciones. Paco era el fiscal. Yo, la parte acusada que rechazaría al abogado de ley y se defendería sola. También fui fiscal y también testigo. Largas discusiones. Nuestra técnica: la parrafada. Un compañero que dormitaba alguna vez se despertó cuando hablábamos y aplaudió. Cualquiera sabe que los abogados no somos amigos del punto seguido, existimos entre una coma y otra. No creo que supiéramos argumentar, solo teníamos disposición para las citas y asociaciones. O buena memoria. O vanidad.

Ser abogado es horrible. Lo reconocemos todos los abogados. Horrible. No imagino algo peor. O sí. Dentista. ¿Quién diablos querría meter los dedos, los ojos y hasta la boca en la boca de alguien? Los dientes son la única parte visible de la calavera, Dios mío.

Qué parecidos son, dijeron nuestras madres. Dijeron los profesores. Dijeron nuestras novias. Por cómo movíamos las manos y los pies, los gestos del desplazamiento. Yo no pude ver los parecidos. Paco, sí. Sus ojos, pequeños y brillantes, en perpetua curiosidad, y las cejas, dos montañas picudas. Cuando reía las montañas se juntaban en una sola cima. ¿El secreto? Vernos de espaldas. Quien nos viera de espaldas sabría la verdad. Paco, muchísimo pelo, pelo para regalar, apretado y denso. En mi cabeza ya se anuncia el círculo vacío, el maldito descampado; soy hijo de mi padre, qué le voy a hacer. También nos podrían diferenciar por el garaje. Yo no tengo auto, no sé manejar. Paco, un auto cada tres o cuatro años. Te puede hablar horas del nuevo modelo, de su diseño, corpulencia, potencia del sonido y ofrecerte una prueba de manejo, como si no fuera el comprador sino el vendedor. Yo prefiero a la antigua, caminar. Él, dos centímetros más alto que yo. Pantalones oscuros y camisas a rayas o a cuadros.

Yo le decía:

¿Listo para el juicio?

Respondía persignándose y riendo:

Para el juicio final.

Cuando se lo presenté a Marcia, mi mujer, le dije:

¿Verdad que Paco se deja ver?

Respondió:

Más que dejarse ver, se deja escuchar.

Cuando íbamos a cenar o a una fiesta, teníamos un juego. Si alguien preguntaba por mí, yo lo señalaba. Al revés, lo mismo. Si preguntaban por Paco, él me apuntaba:

Es él.

Dependiendo de la situación, llegaba a decir de mí:

Es este tarado. O: Este tarado que tienen enfrente. Los dejo con él. Fingía que se iba y le decían:

Pero quédate, quédate, no tienes que irte. Y estirábamos la confusión todo lo que podíamos.

Almorzábamos juntos cada dos martes. Trabajábamos cerca. Experto en impuestos de hidrocarburos, a los cuarenta y cinco, él ya era socio de la firma. Yo todavía no conseguía una jefatura a mi cargo en la Superintendencia Nacional de Administración Tributaria. No quería pasarme al sector privado. Por idiota, decía Paco, decía Marcia, pero si me preguntan, creo que en el estado todavía se puede hacer algo, aunque no estoy muy seguro qué. Había logrado que una azucarera pagara su multa millonada después de evadirla cinco años. Eso debería valer algo.

Soy padrino de su hijo.

Durante diez años, él y su mujer no pudieron tenerlos. Es un desgaste, decía, calcular las fechas, anotarlas, la cosa mecánica, no improvisar. No hay placer. Después de tres tratamientos costosísimos de fertilidad, le presenté a una jueza de familia preocupada porque los chicos salieran pronto en adopción y por fin lo había convencido: es mejor hacerse cargo de quienes ya están en el mundo, solos y sin hogar, que traer gente nueva a esta mierda. Pero Malisa se embarazó de modo natural y fue madre a los cuarenta y cinco. Paco

había deseado tanto a Paco que, además del nombre y del apodo, le transfirió sus deseos. Yo no tendré hijos, pero jamás les habría puesto mi nombre, por algo se llama: *nombre propio.*

En la cuna le dio un sonajero de Fórmula i y colgó un móvil de autos para que fuera lo primero que viera al abrir los ojos. Empapeló la habitación de pits, motores y pistones. Sus primeros juguetes fueron carritos y más carritos. Vestido con camisa y pantalón, sin *shorts* ni polos, es un niño sin verano. Las veces que salimos los tres a jugar, supongo que podrían haber dicho de nosotros:

El padre es él.

Él, no. Él.

Por su cumpleaños le regalo libros ilustrados de animales, nubes o bicicletas, y noto su decepción: no son autos.

Llamo a Malisa de vez en cuando para ver cómo está.

Llevé clases de manejo de la ira y créanme. Alcohólicos Anónimos sí funciona. Haces la llamada y tu padrino te pide recapacitar. Te visita. Te acompaña. Te anima. Tomar tan solo un buche es tomar también la decisión más estúpida: te subirás a una escalera, te caerás de cabeza y quedarás paralizado de la cintura para arriba, pero vivirás otros treinta años. Treinta. Y jamás sabrás por qué deseabas subirte a la escalera. Con la ira no tienes a quién llamar. Ni siquiera necesitan alcanzarte el vaso: Una copita, nada más. Quiero decir, puede ocurrir sin tentación ajena. Sin dinamita. Tu cabeza es la bala de cañón a la Luna, tu hígado es el cohete que te trae de vuelta a la Tierra. Rompe todo. Te dice la voz. Te ordena. Y aunque estés arrepintiéndote en el alma mientras tanto, tú obedeces. Obedeces y rompes todo.

Nos sentamos y lo primero que hacemos es pasarnos la corbata detrás del cuello. Paco me enseñó el truco en la cafetería de la universidad. También me trajo acá. En nuestros trabajos saben dónde encontrarnos y pueden interrumpirnos cuando les da la gana. No conocemos otro lugar que prepare la carne de esta manera. Tienes que verlo por ti mismo. Una torre de bistecs, teñidos de una

mezcla roja de especias, atravesados por una estaca, de pie contra un brasero. El cocinero limpia la grasa y recorta los excesos, le va dando forma de tinaja. Ajíes coronan la torre, sudor picante, y dos cebollas blancas reciben los jugos por abajo. Si pasas por la puerta del restaurante a las nueve de la mañana, verás al cocinero envolverse en una bolsa. El uniforme blanco no se debe manchar, no hay lejía que arranque este preparado. Alzará la torre, la espalda arqueada por el peso, la ensartará, y uno de los mozos encenderá el fuego. Cuando retire la bolsa, se habrá quitado una vaca entera de encima. El encargo de cada mañana, de martes a domingo, estará listo al mediodía y rendirá hasta la cena. Cuanto más tarde, más cocida y reseca, pero también más sabrosa, como si se le hubiera inyectado el condimento en el vientre del músculo.

Uy, ya te manchaste, tarado, decía Paco. Yo me miraba la camisa y nada.

Ese martes, mientras cortábamos la carne, me miró fijo a los ojos. Supe que esperaba una pregunta:

¿Qué?

Estoy metido en algo.

¿En qué?

Si te digo, te expongo.

Dejé el tenedor junto al plato, los jugos alcanzaron la mesa:

¿Necesitas ayuda?

Sí. Tal vez. Creo que no.

Bajó la cabeza, se agarró el pelo y sus dedos se quedaron atrapados entre los rulos: No sé cómo se me fue de las manos.

Tomé su antebrazo:

Dime y te ayudo, lo que sea.

Paco, exceso de padre. Dice su mujer. Dicen sus vecinos. Yo digo.

Lo levanta con un beso, le permite elegirse la ropa, le prepara un concentrado de verduras y frutas verdes en la extractora y el pan para el desayuno y la lonchera. La extractara es casi tan horrible como ser abogado: más tardas limpiándola que usándola. Tres veces

a la semana lo espera a la salida. Las otras dos va Malisa. No en la puerta, para no avergonzarlo. A media cuadra, para que esté seguro de que lo verá si lo busca. Es chofer de su hijo, las distancias del tránsito, las distancias entre una fiesta y otra y él, cada vez menos convidado. Lo lleva a los cumpleaños, compra los regalos en librerías y en tiendas de juguetes, lo lleva a los desfiles de autos antiguos, le saca fotos en una Chevrolet pick up de 1965 que ya le regaló a escala, una mínima edición que conduce siguiendo el contorno del sofá y que vino con el periódico, lo lleva a tomar desayuno los domingos, pan con tamal y leche con unas gotitas de café. Tienen sus rituales. Paco quiere que Paco lo recuerde. Estuve para ti, durante la semana y los fines de semana.

Quizás este sea el momento que lo resuma, todos tenemos un momento que nos resume: Paco y su hijo caminan por el borde de la playa un domingo sin gente. Un muchacho se les acerca con unos aviones de tecnopor. Los está mostrando cuando tres policías surgidos de la nada le saltan encima. Los acompaña un cachorro de pastor alemán, tiene un chaleco acolchado, imitación antibalas: EN ENTRENAMIENTO.

Aquí no puedes vender, le dicen. Vete más lejos. Danos la bolsa. ¿Qué corresponde, jefe?

Corresponde decomiso y multa. Hay trabajo, un montón de trabajo y tú molestando.

Paco padre intercede:

Esto es trabajo.

Una de las asas la sostiene un policía y la otra, el muchacho. Los nudillos tensos. Se van a romper, jugueteando con la arena entre los dedos, sin ser visto, el niño escucha. Sus ojos, a la altura de los del cachorro.

Señor, no puede obstruir a la autoridad. Su nombre, por favor, y su DNI.

El Paco niño tiene miedo. No entiende. Son seis zapatos negros, seis zapatos resplandecientes. ¿Por qué los lustran para ir a la playa? ¿Vamos a ir a la cárcel? Dice:

No hemos hecho nada.

Paco lo pega contra sus piernas, le revuelve el pelo:

No se lo voy a dar, conozco mis derechos.

El superior:

Está prohibido vender en la playa.

El muchacho, sin soltar la bolsa:

Están prohibidos los perros.

Paco le habla al muchacho:

¿Cuántos aviones tienes?

Doce.

¿A cuánto los vendes?

Quince.

¿Cuánto te cuestan?

Diez.

Te los compro, pero no me ganes a mí.

Saca todo su dinero, cuenta, guarda dos billetes y paga. Recibe la bolsa. Sin decir nada, el muchacho comienza a correr, veloz, por la costa infinita. Disparado, el perro detrás, ladra, frena, se revuelca y da dos vueltas de campana. Se sacude y regresa, igual de apurado. La cola entre las piernas, sin enderezarse. Los policías observan el revuelo y uno dice:

Ni cuando se golpea ladra, ya preocupa, ¿será sordo?

¿A dónde va?, pregunta el niño.

¿A dónde va a ser?, dice el que tironeaba la bolsa. A su casa. ¿Quién no querría irse a su casa?

Es una pregunta que nadie responde.

La voz familiar:

Repártelos entre tus amigos.

Esa misma tarde, en el parque, corren. A favor del viento. En contra del viento. No tengo tantos amigos como aviones y autos, piensa el niño. Toca el interruptor del lomo, sobre la cabina de control: luces de colores se prenden y apagan. Cada uno, un avión, guirnaldas navideñas fuera de temporada. Dos, tres, cuatro, ¡ahora! Impulso y los sueltan. Caen en picada, las narices llenas de barro,

levantan césped, no planean. Apenas si deslizan algo de cielo y se enredan en las copas. Se atoran en las cimas. Inalcanzables.

¿No puedes bajarlos, papá?

No, no se puede.

Lanzan ramas, piedras, intentan subirse a un banco. El padre entrecruza las manos, el niño trepa, sacude las copas, caen hojas que levitan hasta tocar el suelo. Y los árboles entran a la noche con sus luces, sus aviones y su silencio.

El niño le dice:

No te rindas.

Y el padre:

No importa, ya nos divertimos.

Terminando de comer, un hombre de mensajería se acercó con un sobre. Vestido de negro, abrigo grueso, inflado, como motociclista de carretera.

¿Paco Jiménez?, preguntó.

Yo, dije. Él, boca llena, asintió y siguió masticando.

El hombre sacó una pistola del abrigo y me apuntó. Repasé mi vida, una proyección en el fondo del ojo, no creí que fuera cierto, la primera vez en el mar, tragué agua, el primer golpe, mi padre, la sangre en los labios, la espera en el paradero, el micro al parque, el parque donde me caí del columpio, las clases, el primer beso de Marcia, la noche y las cervezas, una más, nunca se sabe, hoy estamos aquí y mañana no, toda mi vida pasaba amarga por mi boca.

Gatillo. Sin dejar de mirarme le disparó a Paco entre las cejas. La mesa se sacudió. Un terremoto y su réplica.

Humo, estruendo, gritos.

No vi nada hasta que vi.

Hundido en su plato, la corbata como una lengua que lo estrangulaba, la cabeza del tamaño del plato, la mesa salpicada de salsa.

Dije su nombre.

¿Para qué preguntó quién era Paco si ya lo sabía?

Un chorro caliente en mi pantalón y el asiento. Miré bajo la mesa, se había orinado también. Un charco amarillo y rojo se agolpaba. El cuello apretado en el lazo de la corbata, los brazos caídos a ambos lados de las piernas, la camisa arremangada hasta los codos, los dedos agarrotados, como un muñeco que el ventrílocuo puso a descansar. Un muñeco que goteaba.

Dije su nombre.

Empuñando una sartén, el cocinero me traspasó con la mirada, a la carrera, buscaba la salida.

Quise moverle los pelos de la frente, pero recordé que no podía tocarlo. Tenía que dejar todo tal como está.

¿Cómo se ve de espaldas ahora? ¿Se parece a mí? Era igual a mí.

El olor de las brasas y de la urea se confundían, algo entre muerto y vivo.

¿A quién llamo primero?

El sobre en el piso, sin remitente, sin dirección, sin nada, vacío.

En la mesa de al lado, un tipo recogió un mondadientes junto a su cuenta, se arrancó un hilo de carne, lo escupió y salió sin pagar. Desde la puerta, miró para ambos lados, saltó a la vereda, se perdió entre la gente.

Agarré el tenedor y lo incrusté en la mesa. Los cuatro dientes ahuecaron la madera.

Alguien gritó que había que pedir una ambulancia, la misma voz dijo un instante después que ya no tenía sentido pedir una ambulancia, que había llamado a la policía, que yo era el testigo.

Palanqueé, logré sacarlo, cuatro dientes torcidos. Lo clavé en mi mano abierta.

UNA BUENA POR CADA DIEZ MALAS

En los años que compartieron la misma casa, se sentaba a su lado en la cocina, cada tarde a su lado en la mesa que también era la mesa para hacer las tareas, y le enseñó a dibujar.

En una hoja en blanco y a lápiz:

Primero haces una O, las caras son redondeadas, tienen forma de huevo.

Lo miró fijo:

¡Tu cara tiene forma de huevo!, riéndose a los gritos, ¡de huevooo!

La forma redondeada es la más común de la naturaleza… No solo de los huevos.

¿Cómo? A ver.

Su hermano señaló una planta, caía serpentina desde el techo:

Las hojas, por ejemplo. Las manzanas. Las papayas. Las uñas. Los escarabajos. La niña vio el índice directo a sus ojos, los cerró y sintió el roce en los párpados. El hermano:

Las lágrimas. ¿Qué más?

Tenía la respuesta en la punta de la lengua:

¿Las tetas?

Claro. ¿Qué más?

¿La Tierra? Imaginó el planeta azul desde su traje de astronauta.

Sí, es el mejor ejemplo. ¿Qué más?

Las sandías. Las puntas de las colas de los perros.

La codeó: Muy bien. Después llamamos progreso a imitar esta forma que está en todas partes, inventamos un montón de cosas:

ruedas, vasos, focos, asientos de bicicleta, sombrillas, velas, botones, hicimos platos.

¿Y *pizzas*?

Pizzas.

¿Por qué casi todo es redondo?

Es la forma más fácil de mover. Sigamos. Una vez que tienes la cara, haces las orejas al mismo nivel y del mismo tamaño.

Sí.

A la altura de las orejas, en el centro mismo, viene la nariz.

Que sea gordita.

Bien. Cordita. Y sobre la nariz, dos arcos.

Ajá.

Debajo de esos arcos hacemos los ojos.

¿Abiertos?

Siempre abiertos para verlo todo.

¿Y las pestañas? ¡Quiero que hagamos las pestañas!

No, no. Toca la boca. ¿Dónde va?

¡Debajo de la nariz!

Muy bien. ¿Ves?

No pudo disimular la decepción:

Está calvo.

Espera un poco. Todos los pelos se dejan para el final. Los de la cabeza, las cejas, el bigote y la barba.

¿Y los de los lunares?

También.

Qué asco.

Y su hermano, pelo por pelo, paciente, sin alzar la mano del papel ni repasar. Los rulos nítidos, de peluquería, como los de su mamá y los que vio de su papá en una foto. Más oscuros y más claros. Iba diciendo:

Todo se trata de dónde pones la luz, dónde la dejas caer. Y si hay luz, hay sombra. Si hay sombra es porque hay luz.

Miró el avanzar de los mares furiosos en la cabeza nueva y lo que ella había dado por hombre resultó ser mujer. Así su hermano se le hizo pintor y así supo que lo era. Deseó que los trazos continuaran del papel a la mesa, raíces, surcos, mesetas, que se lacrara en la madera la cara anónima, ya del todo familiar, repasaría con los dedos el trayecto de estos ríos, que nadie la pudiera borrar ni lijar jamás, cuando creciera se mudaría con la mesa, no se despegaría nunca de ella y, este amor, era la primera vez que lo sentía.

Boquiabierta, la baba a punto de arruinar una oreja:

¿Tú qué has estudiado?

Nada.

¿Nada? ¿Cómo que nada?

Rarísimo que su hermano dijera eso porque su madre:

Estudia, hija, estudia, para que algún día seas alguien.

Nací con el don. Pinto desde que tenía tu edad o más chico.

Quiero un don. ¿Yo qué don tengo?

No lo sé, lo sabrás a su tiempo.

¿Mamá sabe cuál es mi don?

¿Por qué no se lo preguntas a ella? Y le ofreció pintar los ojos y le cedió el lápiz. Rellenó el iris; la pupila, un circulito blanco.

Cuando uses colores, haz la pupila negra. Son negras en nosotros y en todos los animales. Esta parte, el iris, es la que cambia de color.

Iris, repitió, iris, pupila.

Lo más importante: nos tocan las señas particulares. Las pecas, las arrugas, las cicatrices, los lentes, los cerquillos, los hoyuelos. Todo eso. Cada uno de nosotros tiene marcas que son solo suyas. Nadie más las tiene.

Yo tengo. Le mostró su lunar entre las cejas. Es de nacimiento.

Exacto. Dibújalo.

Pero no soy yo, no tengo rulos.

No importa, ponlo igual.

¿Así?

Qué exagerada, no es tan grande. Te lo ves enorme, pero no es tan grande.

¿Lo juras?

Sí. Listo. Tomó la hoja, la sopló como un mago:

Este papel ahora no se llama más papel. ¿Sabes cómo se llama?

¿Persona?

También.

Cuando esté concentrada, nerviosa, a la espera o aburrida, toda la vida, dibujará caras en papelitos, las indicaciones de su hermano. O cabezas, no tienen cuello. Pelos largos y cortos. Mujeres de pelo corto y hombres de pelo largo. Orejas breves o abultadas. Narices importantes o desapercibidas. Cejas ralas o una continuada, sin depilar. Los ojos con heterocromía: uno marrón y otro, pardo. En cada cara, un ojo del hermano y un ojo de ella, mirando lo mismo. Trazos infantiles, un molde apto para todo, sin embargo, le preguntan con admiración cómo los hace. Esta es su receta y no la comparte. De la madre aprendió mucho y del padre, la ausencia. De su hermano puede decir algo concreto, verdad del corazón:

Me enseñó a dibujar.

Cuando dice que tiene un hermano y que es pintor, le preguntan:

¿Cuánto cobra por jornada? ¿Qué tan lejos vive? Necesito alguien de confianza.

Vive lejísimos. En Marte. En la Antártida. En el país más austral. Si fuera un mapa antiguo, sería la zona desconocida, la *terra incognita* fascinante, inaprensible, que daba a la vez miedo y premura conquistar. Su hermano es jungla.

Vivieron en la misma casa hasta que él tuvo veinticinco y ella, siete. No el tiempo suficiente para que la diferencia de edades se disolviera. Se fue el mismo día en que ella se enteró de que no eran hijos del mismo padre. Todos lo sabían, él también lo sabía. Algo sospechaba, conjeturas llenas de silencio, pero así como darse cuenta, darse cuenta, nunca, no.

Una Navidad su madre le regaló un hombrecito imantado. Venía con un juego completo de camisetas, polos, pantalón negro y marrón, jean, zapatos, zapatillas, gorras, sombreros, guantes de nieve y hasta de montar bicicleta. Lo imantó en la refrigeradora. Probó atuendos. Se divirtió pegando y despegando, vistiendo y desvistiendo. Por fin: gorra, polo, jean y zapatillas. Falta una mochila, ¿vino una mochila? Al terminar, como era inteligente y ataba sus propios cabos, se dijo: ah, hice a mi hermano, el explorador, el trotamundos. No lo sabía, pero ya no quedaba nada por descubrir, ni siquiera por redescubrir. Su madre decía: Ese no trabaja, se lo pasa viajando.

En las películas de personas extraviadas los náufragos encendían señales de ramas y fuego: SOS. Alguien estaba atento, esperándolas, y el rescate a veces llegaba. ¿Cómo ayudar a su hermano si no decía estoy perdido con todas sus letras? Con esa contraseña hubiera podido seguir su pista.

Durante diez años recibió postales, cartas y diapositivas. Las postales, breves; las cartas de ida y vuelta, desfasadas y, como no tenía proyector, miraba las diapositivas contra la luz de las ventanas; ínfimo en el pasaje de cada una de las estaciones.

Las diapositivas, las cartas, las postales se convierten en correos electrónicos. Se responden de inmediato, monólogos que parecen conversaciones. Querido y querida. Cariñosamente. Un abrazo. Te mando un beso. Él habla del clima en cada recorrido, de las rutas bimodales, problemas de turista, más o menos preocupantes, vuelos retrasados, robos en avión, en estaciones, en autos, en ferris, la perpetua sensación entre el desapego y la estafa. Poca intimidad: no menciona amigos ni parejas. Si él no trabaja, no entiende de dónde saca tanto dinero. El padre lo dejó asegurado, dijo su madre, qué tal suerte. Nada más dijo.

Ella le cuenta que se mudó a una habitación mal iluminada, pero bien ventilada. Que está estudiando periodismo, que espera iniciar pronto las prácticas, ojalá.

Sabe que tienen una conversación pendiente, de su infancia hasta hoy, la elipsis se agranda. Ninguno menciona un encuentro, el

viaje a territorio común, un contorno a lápiz, a mano alzada, una seguidilla de rieles a todo vapor, un tren bala: Yo estuve aquí y allá también. En más de una década no lo ha vuelto a ver.

Lleva dos años en un canal de noticias.

De asistente de informaciones a editora. Supervisa el trabajo de los redactores, aprueba cada texto que saldrá al aire. Ella autoriza ese «al aire». Nada sin su ojo, sin su alerta. Cada noticia recién actualizada. El canal no tiene ventanas, de techo a piso, tapizado de alfombras, insonorizado. Funciona en una zona residencial como una caprichosa edificación más.

Mantiene una regla que solo ella sabe, que solo ella controla: en su turno, por cada diez malas noticias dan una buena. Todo se trata de dónde pones la luz, dónde la dejas caer. A la crisis de la bolsa, los políticos corruptos, el asesinato, la sequía, el incendio y la inundación, le corresponden la adopción de perros, la solidaridad que erradicó la viruela, los competidores que huyen colina abajo, mientras los persigue un molde de queso gigante.

Los domingos almuerza con su madre de dos a tres horas en un restaurante que se alternan para elegir. Calcula bien el tiempo. No menos de dos, no más de tres. En espacios controlados ninguna alzará la voz. Se quedan mirándose fijo, postergando. Ninguna es lo que la otra querría que fuera. A diferencia del canal de noticias, donde todo debe ser dicho minuto a minuto, con cierta esperable transparencia, donde no decir es incompetencia o autocensura, con su madre hay ecos de silencio entre una mala noticia y la próxima.

La noche del primer bombardeo a Bagdad -antes del conteo regresivo en tiempo real en todos los canales del mundo, como en Año Nuevo- la llama.

No, tranquila, está en… Dame un ratito, ya te digo. La escuchó apoyar el teléfono. La dejó esperando. Tres, cinco, diez minutos. Colgó.

Revisa los últimos correos. Aquí están. Son de hace un mes. No en Irak, pero en Siria. Se salvó otras veces (lo ha pensado en una

frase atiborrada de cacofonías: turista del paisaje del desastre). Del terremoto en México, del atentado en Bali, del tsunami en Tailandia.

Le escribe un correo: ¿Estás bien? Estamos preocupadas, repórtate apenas puedas. Borra el *repórtate* por imperativo y reescribe: Por favor cuéntanos cómo estás, que sea pronto. Estamos preocupadas.

Tres días sin respuesta.

Al cuarto, apenas ingresa a su turno, la costumbre de revisar la pantalla gigante, silenciosa a la entrada. Las noticias se suceden de boca en boca, cada quien se inventa el diálogo, lo deduce. Le escanean la identificación y le revisan la cartera. Es la sección de internacionales y lo tiene enfrente, cara a cara, y no lo puede creer: detenido en el tiempo, a los veinte años. Listo, puede pasar, señorita. Con sus señas particulares, rulos en la cabeza, vellos en el pecho, el primer botón de la camisa abierto, la nariz abultada, de puñete. No puede pasar, está clavada al suelo. Se recupera y conduce a la jefa de informaciones al cuarto de los editores y no sabe cómo decirlo y nadie tiene por qué saberlo. Se sirven café y soplan dentro de sus vasos. Dos padres, dos apellidos. Cuéntame la noticia de ese hombre. Después de escucharla:

Es mi hermano.

¿Cómo?

Mi medio hermano.

Traza el hilo de los acontecimientos, su madre pasó la información, los demás canales la repiten. La llama, no contesta. Once horas con los reporteros y los camarógrafos vueltos de la calle, entrando y saliendo de las islas de edición, once horas recortando textos, ampliándolos, y ha visto más veces la foto de su hermano que a su hermano. A la salida, en el baño, se esconde tras la puerta y llama de nuevo.

Hola, soy Pilar.

¿Qué Pilar?

La narradora de noticias del nueve.

¿Me pasas con mi mamá?

Me indica que no puede hablar.

Pásame. Con. Ella.

En un susurro:

De verdad no puede, está mal de la pancita la pobre, hace rato que no sale del baño.

Cuelga. Un taxi del canal la está esperando, el chofer la ve y enciende el motor. Está agotada, pero le dice discúlpame, Marcos, caminaré, necesito caminar. Grita: Mejor no, espérame, ahí subo.

Mira la nuca, un contorno prolijo, en cada bache, la caspa salta en los hombros. Saca su cuaderno y se pone a dibujar. Las ventanillas tienen manos estampadas por dentro, huellas de grasa, palmas de manos pequeñas.

Marcos:

No las limpio porque son de mis hijas.

Son dos, ¿no?

Dos y pronto, tres. Pero mi mujer quiere cuatro.

Los sardineles con flores de estación marchitándose. Las arrancaría, un ramo nutrido, todavía rojo, cosecharlas antes de que las reemplacen.

¿Y quieres?

No. Y se ríe. Se ríe hasta que tose. Perdón, es el polen. Suelta una mano del timón y se refriega la nariz: Soy muy alérgico. La mira por el retrovisor:

¿Y tú?

No lo sé.

¿Qué no sabes?

¿No me acabas de preguntar si quiero hijos?

Lo pensé nomás, pero no creo haberlo dicho. ¿O sí?

Puede ser.

Vuelve a los dibujos. Cejas. Ojos. Nariz. Bocas. ¿Son caras o cabezas? Tacha. Rompe sin querer la punta del lápiz.

Abriendo la puerta de su edificio, llama, y en la casa de su madre la nueva hija es Pilar:

Te la doy, pero no vayas a renegarle a tu mamita, está pasando por muchísimo estrés.

La madre:

Hija, tenemos que hablar.

¿Cómo sabes que está desaparecido?

Lo están confirmando justo ahorita. Necesitamos que le escribas al cónsul en Peshawar y le pidas un rescate humanitario.

Espera.

Esto no puede esperar. Es cuestión de vida o muerte.

¿Estás segura? ¿Qué dice Pilar?

Pilarcita me está ayudando en todo. Es una buena chica y está muy informada, tiene contactos.

Abre su computadora, rastrea los correos de emergencia de los consulados en Medio Oriente. Escribe un informe completo que pasa por el traductor al inglés, al indio, al persa dará. Cuatro idiomas para llegar a su hermano, el extranjero. Envía el mismo texto a Damasco y a Kabul, cambia el nombre del cónsul. No pone: Sospechamos que está perdido, sino que lo asegura: Está perdido. Narra las noches en vela, la edad de su madre, les pide ayuda concreta. Soy periodista. Sáquenlo. Como sea. Se muerde el labio inferior, ¿y si estoy exagerando? Si está en las calles como si nada, incluso pasándolo bien, ajeno al enardecimiento del mundo.

Su alarma es el noticiero de las seis.

Nada la despierta mejor. El televisor relampaguea y es como si el trueno cayera en su propia habitación. Plano medio de su madre. ¿Cómo? En el estudio del canal de televisión de mayor alcance a nivel nacional, en el estudio de la competencia, espera otra pregunta. Es la primera vez que la entrevistan y en vivo. Las manos le tiemblan. Le tiemblan más de lo normal. Amaga con tocar el vaso. Sonríe a la cámara. Primer plano, el lunar entre las cejas que es el suyo. Los ojos marrones y hondos, el pelo entrecano. Sube el volumen. Mientras pone los pies en el suelo, lee el cintillo:

Bajo ataque. Madre busca a su hijo en zona de guerra.

Presentan un identikit. Arriba a la derecha, donde posamos primero la vista. ¿Usó plantillas el dibujante, líneas y curvas ya

instaladas en la hoja? Como uno de los delincuentes más buscados por los que se pide recompensa, el arte forense lo redibuja, lo reversiona, lo envejece y lo supone: calvo, lampiño, la frente arrugada, los párpados caídos. Memoria hablada de su madre. Cuando su hermano desaparece, ella, ampliada hacia los bordes, se pone a llorar. Un llanto infantil, lleno de hipos, que irradia incontenible. Su blusa azul eléctrico se enciende, una marea contra el fondo negro:

Dios quiera que no esté muerto, ¿por qué a mí?, ¿qué hice mal?

El entrevistador pide corte con los dedos en tijera.

Desayuna una tostada y un café muy cargado. Su cocina huele a cafetería un lunes a las siete de la mañana. En la ducha le llueven imágenes, un montaje de las últimas noticias. Le zumban los oídos. Desnuda, el pelo mojado, lo primero que se pone es el reloj. Se viste con el buzo más viejo, el que usa para caminar. A pie a casa de su madre. Son veinte cuadras, llegará en cuarenta y cinco minutos.

En el camino, en cada esquina, los puestos de periódico muestran en la portada el identikit de su hermano. Cara grande o cara chica, como la de Benjamin Franklin en los billetes de cien dólares. Los diarios van agarrados unos a otros por ganchos de ropa.

Una alerta. Recibe un correo electrónico. Y se le apaga el celular. Apura el paso, no sacó dinero, no tiene cargador, es una locura que no tenga su cargador a mano, ha olvidado las cosas importantes.

Sudorosa, toca el timbre. Espera cruzando las piernas, mira la hora.

La puerta se abre. Y es Pilar que le sonríe:

Hola, ¿sí?

Haciéndola a un lado:

Soy yo. ¿Dónde estás?

Ay, Juanita, ¿dónde voy a estar? Donde siempre.

En la cocina su madre se enjuga las lágrimas en un pañuelo de papel. Tres empapan el cenicero tiznado de colillas.

¿Has vuelto a fumar?

Unito. No pude contenerme. No me mires así que fue mi único vicio. Los demás son de Pilarcita.

Se sienta a su lado. Deja el celular en la mesa, boca arriba o boca abajo, da lo mismo. Inspira profundo.

Pilar les da la espalda, enciende una hornilla. Ya no es periodista, ya no es hija, es la dueña de casa.

Mamá, tengo que decirte algo.

¿Qué pasó? Se suena con estruendo. Dios mío, ¿qué pasó?

Preferiría que estemos a solas. Pilar ni se inmuta. Su madre observa la espalda con adoración:

No, ella no se va. Es la única que me cuida en toda esta incertidumbre.

Un día cualquiera la mandaría al diablo. No hay tiempo. Le dice:

Me escribieron. Pero justo se me apagó el celular.

¿Dónde? ¿Cómo? ¿Cuándo?

No sé nada. Se me apagó, te estoy diciendo.

Pilar voltea, los labios rojos, la tetera pitando caliente:

Te presto el cargador.

Lo recibe. Se agacha junto al tomacorriente bajo la mesa y lo enchufa. Acuclillada espera que renazca el teléfono. Pilar ocupa el asiento que ella dejó, a la derecha de la madre:

Sírvase, le hará bien.

Y reparte el líquido en dos tazas. Sorbe y el labial rojo, intacto, no se le va. Como si no hubiera tomado nada. Debe ser de larga duración y testeado en animales. Al ras, desde esa altura, hermanadas, y la descarga en el pecho, equiparadas, y el fuego, levántate, lanza todo lo que está en la mesa. Pero ve las rayas perpendiculares en la madera, no se rozan, y recuerda: aquí me enseñó a dibujar. Del medio hermano, el proyecto a medias, ¿por qué se mudó sin la mesa, por qué olvidó?

El celular se enciende. Lo recoge, retoma el correo. Se levanta:

Hay un número al que debo llamar para más información. Necesitan corroborar que yo sea yo.

Recorre la casa con el teléfono y el cargador hasta llegar a la última habitación. Fue de su hermano, después la suya, ahora es el armario de su madre. Rumas de pantalones sobre la cama, en el escritorio, en el marco de la ventana. No sabe si para guardar o para donar. Avanza entre sacos embolsados, suspendidos del techo por cordeles, colgados de sus ganchos. Ropa a la espera. ¿Cómo imantar cada pieza y vestir los cuerpos conocidos otra vez? Cierra la puerta, enchufa y llama. Interferencia, ruido de tubería. Entiende que una voz le pide que aguarde, otra le habla en inglés, otra la comunica con alguien que le da explicaciones escuetas.

Cuelga y se asoma por la ventana.

La fila de casas de un piso, interrumpida por edificios. El árbol sigue en pie, sus cucardas de un fucsia fosforescente. ¿Cuánto tiempo más resistirían, cuánto más pervivirían los insectos, la polinización, el río, la piedra, el rocío de cada mañana? Aquí su hermano le sacó una Polaroid. Arrancó una flor, se la colocó en la oreja y ella le regaló una sonrisa sin que se la pidiera. Sacudió la foto y ella fue apareciendo. De la veladura al negro, al blanco, al color. De abajo hacia arriba. Los zapatos marrones, el pantalón amarillo, la camisa verde y larga hasta las rodillas, el cuello, la cara y, por último, la flor en la oreja, el fucsia explosivo. En sus clases de redacción le aconsejaron no escribir jamás que las personas aparecen, están o no están, entran a escena o no. Nadie aparece, no es magia. Maten el verbo aparecer. Ella apareció, puede decirlo sin corregirse, apareció porque su hermano la miró. Ahora esa foto se ha desvanecido.

Vuelve a la cocina. Su madre y la periodista toman el té, se pasan un cigarro. El humo remolonea en el neón del techo.

La madre se levanta, la silla cae para atrás, ruidosa:

¿Yyy?

Dilo, pide Pilar, de una vez.

Disfruta la expectativa en sus ojos. Los dibujaría sin párpados, abiertos para siempre, sin dormir para siempre. Sobre esta noticia tiene el absoluto control:

Lo encontraron.

¿Vivo?

Todo lo vivo que puede estar alguien jugando a las cartas.

Pilar se levanta y larga una pitada:

¿Dónde?

En una azotea.

¿En Afganistán o en Irak, hijita?

En Peshawar. Lo sacaron en helicóptero y lo van a repatriar.

Gracias, gracias, Dios mío, me has escuchado, bendito seas.

¿Y a dónde lo van a repatriar?, dice Pilar.

Acá.

¿Acá?, repite la madre.

Ya lo oíste.

¿A este país o a esta casa?, insiste.

Sí. Y aquí viene la mala noticia.

¡¿Cuál?!, dicen ambas.

Está furioso contigo. Te quiere matar.

¿Qué?

Por armar un escándalo. No quiere saber nada de ti.

¿Cómo? ¿De qué hablas?

Dijo que estaba feliz jugando a las cartas con otros turistas y que vinieron a arrancarlo.

No, no ha dicho eso.

No. Tienes razón. Arrancarlo, no. Dijo abducirlo.

¿Cómo? Levantó la silla como si cargara un peso muerto. Giró hacia Pilar y como si fuera parte de la familia:

¿De quién está hablando? Ese no es mi hijo, lo desconozco.

Dice que lo estás trayendo contra su voluntad, por tus quince minutos de fama.

Pilar, ¿a ti te parece? Tú que también eres madre, ¿a ti te parece todo esto? La ingratitud de los hijos… ¿estoy casi loca o qué?

Querida señora, yo he sido testigo todo este tiempo. La vida es muy injusta.

Lo es, lo es, cómo no.

Pero ahora que todo se ha solucionado, mi labor se termina. Deseo que el reencuentro sea bueno y amable, sano, muy sano.

¿Y qué vamos a hacer con la misa de salud? La iban a televisar. Com-ple-ti-ta.

Pues para qué. Si ya pasó, señora. La voy a cancelar.

¡No! ¡No la canceles! Te lo suplico, Pilarcita. Un último esfuerzo.

Esta noticia ya no es noticia.

¿Qué lo hayan encontrado y VIVO no es noticia? Mira tú. ¿Para eso estudiaron periodismo?

Da para un cierre, nada más.

¿Un cierre? ¿Ni siquiera un reportaje?

Me temo que no, señora linda.

Pilar agarró su celular y su cargador y los guardó en la cartera, llevó las tazas al lavatorio:

Espero verla otra vez. Se me cuida.

No puedo creer lo de tu hermano, dijo la madre.

Yo tampoco. Supone el mazo, una a una las cartas percutidas al vórtice del viento, una casa de tres pisos, la azotea, los compañeros de juego, el aire rezumándose en las camisas, la hélice, el megáfono, el polvo pegado al pecho, la confusión, ¿cómo es ser rescatado sin haberlo pedido, ser sacado con lo que llevas puesto?, ¿un rapto?

¿Puedes creerlo?, volvió a decir. Y señaló la mesa. Pilar había olvidado su cajetilla. Buscó los fósforos sobre la campana extractora y encendió uno. La chispa le alcanzó el pulgar y se lo chupó. Arrastrando los pies se dirigió al baño -continuidad de humo- y dijo que volvería.

Juana abrió la refrigeradora.

Vasos de plástico con raciones de legumbres. ¿En qué dieta estará? Encontró una manzana, la base podrida. Le había dicho que mejor botar la fruta entera, nunca se sabe hasta dónde penetró el hongo, puedes contaminarte y morir. La mordió.

Enchufó la gota a gota. Un olor por otro, el café despejó al cigarro. Entre las vasijas y los potes de la despensa descubrió su

vieja taza de cerámica. Todo este tiempo, sin romperse, ni siquiera un quiñe. Con sus dibujos de primer grado, antes de que su hermano le enseñara, desgastados, aún visibles. Se sirvió el café. En la taza, tres cabezas sobre tres cuerpos, igual estatura, las mismas prendas, colores idénticos, como muñecos de nieve, sin señas particulares.

Pensó en cómo se lo diría.

Por cada diez malas noticias en su turno da una buena. Como no suele hacer su madre. De cualquier modo, sería una buena noticia.

Apareció, una media sonrisa en el pasillo, el pelo peinado, la espalda recta, levantaba los pies, la blusa dentro del pantalón, dignificada, algo en ella se había acomodado.

Con una segunda taza encontraría las palabras, siempre articulaba mejor a la segunda taza, tal vez.

EL ARTE DE PERDER

El día que regresé a Lima después de separarme perdí el reloj.

Me lo robaron. Fue un robo sutil. Casi amable. ¿No es extraño decir un robo amable? En mi ciudad te balean después de entregar el celular sin resistirte. Un hombre rozó mi brazo. Cuando me subí al micro y quise ver la hora, el vacío en la muñeca. La esfera del color favorito: azul noche; la correa plateada. Parecido a mí, casual o elegante. Algunas veces consigo adivinar la hora sin consultar el reloj. En el cielo gris -mi amigo Paul dice que el cielo de Lima está velando siempre un muerto, pero ¿cuál?- todas las horas se parecen a sí mismas. No vayas al centro con reloj o póntelo boca abajo para que les cueste arrancarlo. Lo olvidé. Viví cinco años fuera y olvidé cómo habitar el miedo.

La cuenta regresiva ha comenzado.

Tengo dos semanas para dejar mi departamento solo con lo necesario.

Mi mejor amigo desde el colegio lo ofrecerá en alquiler a largo plazo. Lo despidieron del trabajo y está entusiasmado con su nuevo papel de corredor inmobiliario.

Mauro me dice:

Es demasiado tú. Deja lo imprescindible. Saca todo, sin asco y sin cariño.

¿Cuántos platos, cuántas sábanas, cuántas tazas? ¿Regarán las plantas? ¿Qué es lo imprescindible? ¿Le pasarán cera a la madera y la frotarán hasta que reluzca? ¿Querrán el monigote a tamaño real que recogí del basurero y llamé Arturo y que instalé en el pasillo y espanta a las visitas que lo confunden con un ladrón?

Comprar cajas. Pero Mauro tenía cincuenta, de plástico, todavía por estrenar, con tapas rojas y verdes. Me prestó veinte, las amontonó en mi sala. Dos amigas que me visitaron celebraron su solidez y volumen. Especularon cuánto costaba cada una, las compararon con las que almacenaban en sus propios depósitos. Admirar cajas de mudanza… ¿La medida de la prescindencia es una caja por cada año de vida? Yo hubiera necesitado cuarenta y seis.

No creo en los depósitos: archivar es jubilar. Cuando por fin recoges las cosas, ya no las deseas, el encantamiento de su influencia prescribió. Polvo han sido y en dictadura se convertirán.

Los juegos de llaves. ¿Por qué son tantas y a qué cerraduras pertenecen? El mismo día que las inhabilitas desconocen sus puertas. Como medias que perdieron a su pareja, caducan, no abren, no calzan más.

Los cables, alambres de púas de nuestro tiempo, útiles para separar y aumentar la productividad, una vez recuperados del cajón, ¿a qué iban unidos y qué hacían funcionar? Maraña espantosa, nunca se la bota por separado, al tacho en rejunte.

Hacer lugar. Vender algunos objetos.

Comencé por la bicicleta eléctrica plegable. La ofrecí con una foto mía en la avenida, el pelo en el casco, los pies en el aire. Que se viera bien gozada. El aviso lo respondió una chica: Necesito recorrer grandes distancias sin llegar sudando al trabajo; la esperaba un amplio bicicletero, no una ducha. Dijo, es mía.

Yo la acababa de reparar, la batería y las cámaras nuevas, mantenimiento completo en todo el sistema, frenos de precisión. Al volverla a montar, la sensación de fundido, de ser una con esta bici que compré pionera hacía nueve años. Tuve ocho bicicletas a lo largo de mi vida. Pero a ninguna otra la quise como a esta. Seguridad para maniobrar, en la curva, en el bache, para escurrirme. En los semáforos me preguntaban:

¿Cómo haces para avanzar?

Al ras de los vehículos atorados en cada intersección, yo volaba, puntual, a todas partes, paralela al mar, salitrosa, bienvenida. Al entrar a la oficina desmontaba el manubrio, doblaba su cuerpo por la

mitad y la acurrucaba, como a una mascota, bajo mis pies. Como yo, sabía hacer bulla y llamarse al silencio, ser frontal o esquiva.

Un primer intento de venta. A una de mis mejores amigas. Veinte años atrás, Lourdes se compró una bici para acompañarme. Cayó en un hueco, se rompió un colmillo y abandonó el pedaleo. Sigue siendo peatona, no maneja. Al ver que ofrecía mi bici eléctrica la compró. Por insistencia. Por insistir en contagiarse el deseo. ¿Segura? Segura. Esta vez ni siquiera cargó la batería o la sacó a un viajecito, terminó en su garaje, la llanta posterior desinflada sin haberla girado. La recuperé, me la devolví impecable. A la chica que dijo la quiero le escribí un día antes de que viniera a verla:

Te pido perdón. Me arrepentí. Sé que te gustaba, pero no puedo venderla.

Tampoco quedármela. Se la presté por tiempo indefinido a mi amiga Lidia, me había presentado las bicis eléctricas una semana antes de que le robaran la suya.

Te la guardo, me dijo, la monto alguna vez y te recargo la batería. Cuando vuelvas a venir, te la regreso.

Se la entregué con funda nueva, la cadena de seguridad, el casco. Le pedí que usara siempre las cintas reflectivas en los tobillos y el chaleco de neón. Dijo: ¿Todo eso te ponías para que te vieran?

Adoro a mi amiga Lidia, entre otras virtudes, porque trabaja en el aeropuerto y, al partir, el suyo es el último abrazo que recibo.

Puse a la venta mi escritorio. Sin asco y sin cariño.

Lo encontré en una calle de anticuarios que frecuentaba mucho antes de que explotara en fama y saliera en revistas y en televisión. El corazón anacrónico, fui *retro* cuando no se destinaba ese nombre a la nostalgia, cuando el pasado reciente no tenía potencia de aura. A los quince, a los veinte, fantaseaba con la vivienda propia, soñaba muebles desgastados para anidar. Algún día. Siglos después, calibré la evasión: había partido de la casa de mis padres sin haberme ido.

En cinco cuadras se exhibían las reliquias ajenas, lo que no resiste polilla ni óxido. Camionadas de deudos llegaban los fines de semana a rematar su herencia. Desconocían el valor. Regateaban minucias. Desmontaje de casas invadiendo veredas, como puestas a

secar luego de la inundación. Tal mezcla de estilos, épocas, texturas, edad, calidad y gustos que todo barroco: lo sobrio y lo recargado, lo huachafo y lo mínimo. Intemperie de alfombras, sofás, pianos de cola, arañas, álbumes de fotos, veladores, cabeceras de cama, camas de hierro, baúles, triciclos, vitrinas, cofres, candelabros, cirios, ceniceros. Curioseaba entre las cosas y, sin dinero, las escogía de pensamiento, imaginaba para la vida después.

¿Vas a comprar algo?

No, solo estoy deseando.

Corras de capitán, espadas, sables, faros en miniatura, carros a pedal, coches de bebé, caballos de carrusel, menaje, bar. Por entonces, a esta zona solo venían productores de cine, de comerciales o de telenovelas que los alquilaban como escenografía. Se pasaban la voz conservando el secreto. Decorados con fecha de caducidad, no te los quedabas. Rellenos de ida y vuelta. Muchos años más tarde, varios de estos objetos los vi revendidos a precios impagables por casas de diseño. Una de ellas se llamaba *Reencarnación*. Cuando pude adquirirlos -una alacena, un velador, una mesa de noche; ninguno había sido eso antes- no intervine en modernizar, no lijaba ni pintaba, no reemplazaba remaches ni aceitaba bisagras, no abrillanté, mantuve cada una de sus marcas, como creo que deben envejecer los cuerpos.

Trabajo de embellecer y es un destino de toda la vida aprenderlo: hay cosas que no deben ser hermoseadas.

Un escritorio que hubiera sido otra cosa.

Quería más lugar para mis lapiceros, papeles, marcadores y libros, los materiales del aliento y la buena disposición. Rodearme de voces que subieran a mí en eco, ampararme en ellas por apremio de narrar o por alerta de ignorancia, para saber cuándo callar y no hablar de más. Apenas la vi lo supe. Una mesa que parecía liviana, pero de madera maciza. Me enamoré. Auxiliar de cocina, dijo el vendedor, dándole golpecitos. Así como hay un cocinero principal y otro adjunto, esta mesa no fue la esencial: continuidad de la otra, la buena sustituía. Surcada por quiñes, cortes, cuchillazos, algunas partes astilladas, otras parchadas a la mala con macilla y tintura

marrón, no eran mis cicatrices y nunca lo serían, no mi mesa de sacrificio, sino altar.

Con los tres hijos del vendedor la cargamos, uno por pata, -¿dónde había estado antes, a quiénes perteneció?, ¿alguien se atragantó en Nochebuena y cayó sobre su plato recién servido?, asumimos, exageramos- durante diez cuadras, una por cada año que la tuve, esta mesa, la casa más querida. Auxiliar de escritura, recibió mis huellas, esbozos de personajes descritos a lápiz, café, tinta, agua de mar, la frase: Este es mi lugar de combate y de aquí no me voy, y la vieja madera, porosa y resistente, como papel de calcar.

Mi amigo Daniel pinta y dijo tiene la altura perfecta, yo quiero tu mesa. Llegó tarde a recogerla, vino con su hermano. Yo dictaba un taller cuando atravesaron el pasillo sin encender la luz, la mesa en alto, en puntas de pie para no hacer ruido, ladrones, sin soltarla sonrieron y dijeron chau. Los veía forzarla en el maletero. Debieron quitar una fila de asientos. Yo esperaba que no cupiera, regrésenla. Se me estrujaba el estómago. No pude más. Apagué el audio de la cámara y la computadora, y lo llamé:

Discúlpame, no puedo venderte el escritorio, no puedo. En él escribí casi todos los días.

Le voy a dar un buen uso, dijo, seguirá siendo para algo creativo. No te preocupes.

Me puse a llorar:

Soy una idiota. No sabía cuánto lo quería.

¡Es lo primero que ofreciste!

No sé por qué me quise deshacer de las únicas dos cosas que no puedo vender, la bici y la mesa.

La voy a cuidar.

Lo sé. Por favor no me odies.

Bueno, tendrás que contratar un camioncito para recogerla.

Apenas dijo eso, le respondí:

Dame hasta mañana para ver si cambio de opinión.

Tengo una idea, replicó. No me la vendas. Préstamela. Un año o cinco. Cuando vuelvas es tuya.

Suscribimos un contrato:

Mediante la presente,
el aquí firmante se compromete
a usar la mesa (añade medidas) con fines de placer y
devolverla a su dueña apenas lo solicite.

A los pocos días recibí una foto: despatarrado, sobre la mesa, su perro, aún cachorro, mordisqueaba un pincel.

¿De qué me deshice, qué pude sacar sin remordimiento?

Sentada, arrodillada, me detuve en cada objeto, encorvada, ensayé una distancia. Surgieron cartas de amistades fugaces, estampillas de países que ahora llevan otros nombres. Mayólicas, pepelmas, losetas, macilla, fragua, por si había que reparar parte del baño o la cocina. Réplicas en miniatura de estatuas, murallas, torres que no me interesa escalar, caracolas de mares de otros. Libros sin lenguaje que no leeré. Doné lo servible, al pie de la escalera, en la salida de emergencia: SE REGALA: todo desapareció en un instante.

De las veinte cajas solo usé diez. Son 4,6 años de vida por caja.

A ellas fueron a parar lo que me acompañaría a todas partes, por ahora.

A mi vuelta a Buenos Aires deberé mudarme. Que mi expareja se quede con casi todo: el palpito, el cuadro del bote con remos anclado en la arena y su dedicatoria, para ustedes dos, porque sí, la niebla, los letreros de la panadería del mercado, comíamos pasteles recién salidos del horno algunas tardes, con el listado de los nombres y sus precios, el nuevo dueño, cuarenta años más joven, emprendimiento, la convirtió en un restaurante carísimo.

Con qué claridad sabremos distinguir y seleccionar qué cosas serán de nuevo solo mías o solo tuyas, después de que fueran tan nuestras durante un tiempo importante. Perdóname, dije, dijiste, fui un monstruo. Una maceta me llevo. El brote de la planta que conseguimos en la primera semana de nuestra convivencia y creció y se multiplicó hasta rozar el suelo. Verdeará el camino entre su casa y

la mía, el miembro fantasma de su presencia, la conversación en suspenso.

El día antes de partir de Lima perdí las llaves.

Me quedé afuera y debí colarme por la ventana entreabierta de mi habitación. El vecino me prestó su escalera, la sostuvo mientras yo subía. Un policía rondaba en su patrullero y me pidió deténgase.

Permítame alcanzar el muro, le dije, y le pruebo que es mía. Con un pie en el alféizar, le describí cada cosa.

Dijo:

Solo quería su DNI.

Apilé las cajas, sin orden de prioridad, y las llevé al sótano. Una vez por semana lo baldean y podrían mojarse, pese al plástico, ¿las habré cerrado bien? Los libros entrañables, los revisitados, los subrayados. Las fotos de mis antepasados, de las que soy la última tesorera: mis padres niños, niños en blanco y negro; los ojos en travesura, llenos de promesa, los viví a todo color. Esas miradas las suspendo. Se las llegué a ver, me fueron ofrecidas y quitadas, fueron acantilado, me fueron Dios.

Esta es la memoria acumulativa, esencial, estos son mis rastros y mis restos, si llegaran a perderse no me dolería tanto.

Perder las llaves, perder lenguaje, perder las horas, perder imágenes, ganar dos ciudades, dos mares, ganar un río.

Una última mirada cautelosa y cerré la puerta: esta vez no tendría cómo volver a entrar.

¿Quién se mudará? ¿Quién atravesará el pasillo y gritará ¡carajo! en cada reencuentro con Arturo?

Preguntarle a Lidia: ¿Estarás en el aeropuerto? Dime que sí. En el aire los aviones son golondrinas, en tierra; aluminio. Amiga, te doy la hora de mi vuelo.

Mauro se encargará de hacer las llaves nuevas, yo partiré sin ellas. Y sin reloj.

Me pidió indicaciones para el futuro inquilino. Aquí van:

Te dejo mis tazas, mis platos, mis vasos, las cosas de buena madera, haz reuniones, sobremesas, una fiesta, si se rompen, no

será un desastre.